



**ZONA
LIBRE**

Solo tres segundos

Paula Bombara

 **Norma**

Bombara, Paula
Solo tres segundos. - 1a ed. - Buenos Aires : Editorial
Norma, 2010.
184 p. ; 21x14 cm. (Zona libre)
ISBN 978-987-545-246-6
1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Título
CDD A863 928 2

© Paula Bombara, 2009
© Editorial Norma, 2010
San José 831, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

Esta obra se terminó de imprimir en febrero de 2014,
en los talleres de Buenos Aires Print, Presidente Sarmiento 459,
Lanús, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Primera edición: marzo de 2011
Cuarta reimpresión: febrero de 2014

Edición: Natalia Méndez y Cecilia Espósito
Diagramación: Hernan Vargas
Diseño de tapa: Ariana Jenik

CC: 28002506
ISBN 978-987-545-246-6

*A Sil,
por tan profunda amistad, querida hada arquera.*

ÍNDICE

Primera parte	
Nicolás	9
Segunda parte	
Felicitas	97

Solo tres segundos en el espacio azul iluminado.
Tres, para buscarse.
Dos, para encontrarse.
Uno, para apretar los párpados
y, aun así, verse.
Solo tres segundos antes del impacto.
Luego, blanco y ruido,
ruido ruido ruido en el espacio azul iluminado.

PRIMERA PARTE: NICOLÁS

1.

Afuera brilla el sol. Sol de febrero. Febrero en la Ciudad de Buenos Aires.

Nicolás está rindiendo un examen: si lo aprueba se queda en su colegio, el Carlos Pellegrini, el colegio donde estudiaron su abuelo y sus padres, el colegio que comparte con su hermana Sol. Si lo reprueba, debe cursar el quinto año en otro lado.

Lo reprueba.

A la salida del aula, sentado en el suelo frente a la puerta, su amigo Rodrigo lo espera ansioso.

-¿Y?

-Tres.

-...

Nicolás no va a llorar, ¿acaso es un nene?, pero que tiene ganas, tiene ganas. ¿Qué pasará ahora? ¿Cómo será la escena familiar? Puede imaginar muchas versiones de las mismas caras de sus padres, las manos recorriendo los rostros desde la frente hasta las mandíbulas, su padre rascándose la barba o revolviéndose el pelo, su madre cayendo en la silla o dándole la espalda para prepararse un té. También puede imaginar su propia actitud, ya sin defensas, vencido sobre sus codos, plegado sobre la mesa, el rostro cerrado sintiendo el roce de la madera en la frente.

Expulsado.

-¿Me acompañás a casa? -le pregunta a Rodrigo.

-Vamos.

Nicolás no va a llorar, ¿acaso es un nene?, pero que tiene ganas, tiene ganas. ¿Cómo será la vida a partir de ahora? ¿La amistad de Rodrigo será la misma? ¿Seguirán compartiendo las tardes de BMX, la búsqueda de nuevos videos de *freestyle* en YouTube, las salidas? ¿Quién ocupará su sitio en la división del Pellegrini? ¿Con quiénes irá de viaje de egresados? ¿Se sentirá su ausencia? Apaga el celular, no quiere hablar con nadie. Mira las baldosas y toca las paredes. Los ruidos de la calle, la angostura de la vereda y las caras de otros chicos del colegio son los mismos de siempre. Levanta la

vista y el cielo cruzado de cables y de nubes le sopla el flequillo. El aire viene bien. El sol, también. No es para tanto. Respira hondo y cruza de vereda.

-¿Vamos caminando? -le pregunta Rodrigo.

-¿Estás en pedo? ¡Son como cuarenta cuadras!

-¿Y? Dale, no tenemos nada que hacer.

-Bueno.

-Vení, doblemos acá. Vamos a ese local de CD's que quiero mostrarte.

Nicolás no va a llorar. No con un amigo así... O tal vez sí con un amigo así. Se acomoda la mochila y apura el paso. Las lágrimas se aprietan en sus ojos y pujan por abandonarlo. Hay bronca y decepción. No es un nene pero tal vez llore. Deja de tragar saliva. Que sea lo que tenga que ser.

2.

Rodrigo le pasa el brazo por los hombros mientras caminan.

-Tienen unos cd's increíbles. Y te dejan escucharlos. Conozco al flaco que atiende. Es amigo de mi hermano.

Rodrigo quiere distraer a Nicolás pero no logra que deje de mirar las baldosas. Aprieta el abrazo sutilmente: sus dedos le prensan el hombro cuando detecta las lágrimas.

-Bueno, qué vas a hacer. Nos vamos a seguir viendo. Obvio que el viaje de egresados lo vas a hacer con nosotros...

Nicolás tiene que volver a su casa y hablar con sus padres, el plan ya delineado desde

hace meses: si no lograba aprobar las materias necesarias, iría al mismo colegio que Leopoldo. También es un buen colegio, nadie puede cuestionarlo por ese lado tan temido de que desperdició una excelente oportunidad de "triunfar en la vida". El colegio de Leopoldo es el más prestigioso del barrio.

Leopoldo.

Nicolás sacude la cabeza y espanta una sonrisa que pretendía instalarse en su boca. Leopoldo es ese que estaba pared de por medio, ese con el que habían inventado un código de golpecitos en la medianera para avisarse cuándo salir, ese al que abandonó llorando el día que sus padres decidieron mudarse. Aún hoy le cuesta creer haberlo reencontrado tan fácil. Poner un nombre en la web y listo. Allí estaba, en YouTube, encima de una bicicleta, tapados sus ojos por un gorro negro. ¿Era el mismo? Se movía bien sobre la bici. Allí estaba, también, en Facebook, tapados sus ojos por un gorro blanco, a un mensaje de distancia. Sí, no podía ser otro. El mensaje fue "¿Te acordás de mí?". Y sí, se acordaba.

La caminata lo cansa. Pero tantas cuadras conversando con Rodrigo le dan fuerzas.

Cuando llegan a su casa, se hacen unas milanesas en sándwiches. Su amigo come y se va. No quiere estar cuando la familia llegue.

Nicolás se queda solo, mirando el techo desde el sillón. La rajadura casi invisible que mira siempre.

Decide esperar a que lleguen sus padres del trabajo. No les adelantará nada por teléfono. Enciende el televisor y agarra el control remoto antes de volver al sillón; comienza a hacer *zapping*. Quiere dormirse, pero Sol llega antes.

...-¿Y?

...-Mal.

...-Uuuuyyy... ¿Y ahora?

...-Qué se yo.

...-Por lo menos no vas a repetir el año. Es una suerte que el Pelle tenga un programa distinto.

...-Psí.

...-...

...-Hay milanesas.

...-¡Ah! Bueno, ¿vos comiste?

...-Psí.

...-...

...-...

...-Bueno, voy a comer.

...-Dale.

...-Si querés alg...

...-Sí, ya sé. Gracias, pero por ahora quiero ver tele un rato. Así me preparo para cuando llegue papá.

...-Yo le tendría más miedo a mamá...

...-Mamá ya se descargó. Ayer me dijo de todo.

...-¿Y papá?

...-Papá se aguantó para hoy. Parece que todavía apostaba algunas fichas por mí.

...-Qué feo. Despedite del celular. Y de la Plày. Van a ser las primeras cosas que te van a sacar.

—Ya sé...

Sol se va a la cocina y Nicolás se queda con esa sensación de apuesta perdida. Piensa otra vez en la cara de su padre: tristeza arrugas ojos boca barba. En la rabia que podrá vislumbrar por detrás del rostro. Imagina pupilas con llamas anaranjadas y deriva hacia otros objetos decorados con llamas anaranjadas hasta que termina recordando su colección de autitos Hot Wheels.

Se queda dormido.

En el sueño, agitadas carreras en bicicleta se mezclan con seres oscuros y voces subidas de tono. Puede distinguir un casco, luces girando en un techo con espejos, una sonrisa que se estira, se deforma, crece. Él avanza entre personas de su altura o más bajas, llega a un lugar despejado y allí hay una chica sentada. La mira. Se agacha para verla mejor, para capturar la belleza que se le adivina. Tiene ojos asustados. Tiene sus ojos.

Desde el mundo llega una voz. La voz de su hermana lo saca de los sueños.

—Nico... Nico... mamá, en el teléfono. Quiere saber cómo te fue.

Nicolás se levanta. Más dormido que despierto, sigue viendo los ojos de la chica. Casi nada de su rostro. Los ojos asustados. Fijos en él, como preguntando. A los diez minutos, ya no los ve. Pero la impresión de esos ojos sigue allí, agazapada, y se transforma en un recuerdo. Recuerdo para ser identificado, descubierto. Recuerdo para mirar por última vez y parpadear.

3.

En la plaza del centro por todas partes hay explanadas, rampas y escaleritas de dos o tres escalones. Es una plaza de cemento. Por lo tanto, es una plaza gris. Andar con la bicicleta, sobre los picos, con una rueda girando libre, concentrado en mantener el equilibrio mientras rota el cuadro, hasta acercarse a una escalerita y bajarla rozando, apenas, el filo de los peldaños, como ha visto hacer a tantos otros bikers, es encontrar colores puros en medio de una ciudad contaminada.

Nicolás respira.

En esos segundos que pasan entre rebote y rebote; en la tensión de sus músculos

para mantener el control y, sobre todo, el equilibrio; en la mente vacía de pensamientos, ocupada en mover de la mejor manera su cuerpo y su bicicleta; ahí está encerrada la felicidad de Nicolás. Lo que busca con el viento que genera en cada giro es liberarla. Aún no lo consigue.

Luego, volver a sentarse con sus amigos, ver cómo otro demuestra lo que mejor hace, practicar juntos las pruebas y los saltos, andar a toda velocidad por los playones, jugar alguna carrera, compartir un par de gaseosas, regresar a su casa pedaleando, cansado.

Así pasa las últimas tardes de las vacaciones.

Cuando recuerda que ya no irá a su colegio de siempre, que pronto comenzarán las clases, conocerá nueva gente, deberá hacerse un lugar... Nicolás desea viajar tiempo atrás y aprobar las materias que lo expulsaron.

4.

Primer día de clases.

Se siente mirado por mil ojos.

La verdad es que Nicolás es mirado por mil ojos.

Su rostro, de facciones bien marcadas pero levemente redondeadas, sus ojos verdes, su pelo sobre la frente, los labios, el mentón cruzado por esa cicatriz que tan bien le queda, no pasan inadvertidos. A veces, tener esa cara a Nicolás le pesa más que una máscara de hierro.

Hoy es una de esas veces.

De pronto, una mirada inquisidora surgiendo debajo de un gorro que dice "BMX". Es un chico alto, más alto que él, de cuerpo delgado y flexible, de rostro sereno y alegre. ¿Es Leopoldo? ¡Es Leopoldo! No puede ser otro. A los treinta segundos de observarlo no tiene dudas de que es él. Treinta segundos mirándose en silencio son una eternidad llena de palabras. Una sonrisa marca el tiempo. El otro chico responde.

—¿Nicolás?

—Sí, Leo, soy yo. ¡¿Qué foto colgaste en la web?! ¡Casi no te reconozco!

—¡Jaja! ¡Era la idea, era la idea! ¡Tanto tiempo! La vamos a pasar bien acá, vas a ver.

—¡Ojalá! —Nicolás mira a su amigo, sigue sonriendo, pero la sonrisa pronto pasa a ser mueca—. Estoy un poco nervioso...

—No te preocupes, todavía falta para entrar. Lo único, decime "Pilu". Si me decís "Leo", se me van a reír en la cara.

—¿Pilu?

—Sí, Pilu, por los pilusos, viste.

—¿Pilusos?

—¡Estos gorros! —dice Leopoldo, hundiendo su cabeza aún más en el interior del gorro de lona—. Se llaman así. El sobrenombre me lo puso la profesora de Gimnasia en primer año y quedó. Ando con gorro todo lo que puedo. Me gusta, viste. Acá adentro dos por tres me piden que me lo saque. Y me lo saco, total... me lo pongo de vuelta a la salida.

Mil historias de cuando eran chicos acuden a una mente y a la otra. Pero prefieren el silencio para asimilar la emoción. Ambos se preguntan por qué no se juntaron antes, pero no se responden. Pasados unos segundos, Leopoldo le golpea el hombro y lo invita a conocer a los demás.

Nervioso, pero aparentando la mayor calma posible, Nicolás saluda a los chicos y a las chicas que Leopoldo le va presentando. Luego, tendrá que pedirle que le repita los nombres de todos.

Al entrar al aula, Leopoldo y Nicolás se sientan en la última fila, uno al lado del otro. Pronto se les une Pablo.

Delante de ellos hay dos chicas: Zoe y Felicitas. Compañeras de Leopoldo desde jardín de infantes. Dos amigas que, apenas lo vieron, dispararon preguntas sobre todo lo imaginable, desde a qué colegio iba hasta de qué signo era, si hacía deportes, si le gustaba la pizza, si vivía cerca. Zoe hablaba y se tocaba el pelo, mucho más llamativa que Felicitas, quien se dedicaba a escuchar y radiografiarlo. Como en todo par verdadero, dos amigas complementarias.

Al mediodía, la tensión ya había desaparecido.

La salida de su viejo colegio es más desordenada que la del nuevo. Calle Marcelo T. de Alvear, transitada y angosta. Pero los alumnos no se sienten intimidados por los bocina-zos. Cuando la vereda se colma de personas, bajan a la calle y continúan conversando allí o en la vereda de enfrente.

Al acercarse al Pellegrini, a Nicolás lo invade una alegría inesperada. Ya no habrá tantas frustraciones en el colegio. Tampoco tantas exigencias. Está allí de visita. Solo para juntarse con sus amigos. Ya no más para rendir exámenes, ya no más para sentirse idiota.

De pronto, la alegría le da paso a algo parecido al alivio y sorprende a Nicolás.

Avanza por la vereda de enfrente, buscando los rostros de Rodrigo, Matías, María, Carla, Claudio, Agustina, Franco, Aldana. Se pregunta cuántos de ellos seguirán siendo amigos más allá de compartir o no las aulas del colegio. Rodrigo, seguro. Tal vez Matías o Claudio. ¿Las chicas?, quizás Carla. Franco... no tiene demasiadas ganas de seguir viendo a Franco.

Escucha que alguien grita su nombre. Se da vuelta y ve a Rodrigo. Cruza la calle a mitad de cuadra, entre los autos, para aprovechar el semáforo en rojo que intenta ordenar el caos desde la esquina. Algún conductor lo insulta. Sigue adelante con la vista clavada en su amigo. Al acercarse, alguien, desde el costado, se le tira encima. Es Matías.

—¿Qué hacés, Belleza?! —Nicolás resiste el abrazo de oso.

—Todo bien, ¿vos, Matu? ¡Qué hacés, Ro!

—Raro, muy raro todo sin vos —dice Rodrigo al tiempo que le da un beso.

—Como que nos falta algo inútil, viste —Matías se queda mirándolo y luego comienza a reírse solo de su mal chiste—. ¡Qué bueno que viniste, Belleza!

—Quería verlos. Para mí también es todo raro.

—¿Y qué tal?

—Bien, qué se yo... voy con Leopoldo.

—¿Leopoldo? ¿El que era tu vecino de chico? —Matías disfruta de las coincidencias.

—¡Ese! Me lo encontré en el Facebook, le conté todo

el rollo y me dijo que me anotara en su colegio. Él sigue en el barrio. Mis viejos no pusieron demasiados peros.

—Qué loco...

—Sí...

—¿Y Claudio? ¿No vino?

—Está mal desde el sábado. Vómitos. Resaca. Diarrea. No sé bien. ¿Vamos a comer algo a casa?

Rodrigo y Nicolás se ríen de Matías. Ningún fluido corporal le da asco. Su decisión por la medicina se apoya fuertemente en eso.

—¿Qué pasa? ¡Tengo hambre!

La primera fiesta con sus nuevos amigos es un fogonazo en los ojos de Nicolás.

Se encuentra con Pablo y Leopoldo en la esquina y demoran un poco el tiempo antes de entrar. Le cuentan que ahí va mucha gente del colegio. Luego entran. Le cuesta reconocer a sus compañeras. Son mujeres cuando se arreglan para salir.

Julieta, una chica de otra división, lo mira de lejos. Está linda con esa ropa y ese maquillaje.

Cada vez que la ve en el patio del colegio le dan ganas de abrazarla. No puede explicar su atracción de otra manera. Es cuidadosa

en sus movimientos, todo lo hace con una timidez que lo conmueve. Hasta su voz, aire moviéndose en armonía, como esos giros de su bicicleta que lo dejan tan bien parado.

Le gusta Julieta. No puede ni quiere dejar de mirarla. Ella lo observa un segundo, baja la vista y, con una leve sonrisa, se va. Él la busca, inmóvil. ¿Por qué las chicas hacen eso de escabullirse? ¿Es un movimiento casual o es una estrategia?

La música estalla en su cerebro. Se muere de sed pero no va a gastar su dinero en una botella de agua que vale oro. Aplaudiv el movimiento casual o la estrategia y se acerca a Julieta. Con la mirada, la invita a bailar. Él también tiene sus movimientos y sus estrategias. Ella acepta.

Más tarde, cuando los labios ya se han animado a juntarse, deciden ir al cine el día siguiente. Cuando los cubre la madrugada, ya tienen planes para las próximas dos semanas.

La sonrisa de Julieta es esquiva, estrella fugaz que termina entre sus pies; pero, al aflorar, Nicolás la ve y siente que él también brilla, que él también besa esos pies.

7.

Sol estudia mientras Nicolás mira tele.

—No te puedo creer que no tengas nada del colegio para hacer —le dice ella en un momento.

—Psí.

—A mí me están dando con todo.

En la memoria de Nicolás se abre una compuerta de sensaciones. Él ya no recibe ese todo. Por un lado es un alivio; pero el alivio viene acompañado, por el otro lado, de una pesadez nunca antes sentida, que no tiene palabras. Es la que exhala el rostro de sus padres, apesadumbrados, la de su hermana tratando de minimizar la expulsión, la

de su propio rostro en el espejo, mojado, contraído por el agua como si fuera una tela que se va encogiendo.

"Me están dando con todo" es una frase que no le hace bien.

Decide enfrascarse aún más en la pantalla, refugio pixelado, escondite de sus emociones. Y no contesta.

-¿Podés bajar el volumen, porrrr favorrr?!

La irritación de Sol hace que la mire. Y ella sigue hablando:

-Me molesta que no tengas nada que hacer. ¿Tanto se rascan en ese colegio?

-Lo que pasa es que ya sé todos los temas -le responde Nicolás, sincero-. Me los acuerdo del año pasado.

-Qué envidia...

Nicolás, serio, hace un gesto negativo con la cabeza y vuelve a mirar la pantalla.

-Solo tenés que llevarte ocho materias a diciembre, que te queden dos en marzo y no aprobar ninguna...

Sol cambia su tono. La voz de su hermano le dice que no está disfrutando de ese no hacer nada.

-Lo voy a pensar -responde, tratando de provocar una sonrisa.

-No te va a salir.

-...

-Cuando fui a la puerta del Pelle, los otros días, me sentí como aliviado...

-Y, imás vale! Si no te sentís aliviado...

-No es tan así... Es raro... La tradición familiar...

-¿Qué tradición familiar, zapallo?! ¡Ese es un tema de mamá y papá!

-Psí... Pero me jode un poco ser "el expulsado"
-Nicolás hace un gesto de comillas con las manos-.
¿Viste cómo me trataba el abuelo el otro domingo?
Como si fuera un tarado...

-No te enrosques -responde Sol-. Vas a ver que el abuelo cuando se entere de que tenés todos nueves y dieces va a empezar a decir que con vos cometieron una injusticia.

-...

-Y a mí, mientras vos sigas rascándote así, me va a dar bronca siempre.

Se quedan en silencio, mirando la pantalla. El dedo de Nicolás hace *zapping* y cada cambio de canal marca un vacío. Ambos piensan y no piensan. A la imagen que el televisor les da, ellos devuelven un recuerdo. Dos virtualidades, la del *zapping* y la que llevan dentro. A una imagen ajena, una imagen propia. Y otro recuerdo que se forma: el de este diálogo-confesión que, por fin, da a Nicolás un poco de alivio verdadero.

Rodrigo toca la puerta, su pelo está revuelto por el viento del otoño. Es una sorpresa y una alegría.

-¿Tenés juegos nuevos para la Play? -lo saluda.

-¡Qué hacés! -lo abraza Nicolás. Y después-: ¿Cómo sabés que me devolvieron la Play?

-¡Todo arriba de nueve en las primeras pruebas del año merecen un premio! -Rodrigo se suelta del abrazo-. Conozco a tus viejos, loco. Sabía que iban a hacer algo por vos. ¿El celular?

-Todavía no.

-¿Estás solo?

-Sol está en su cuarto. Vení.

-Pará que llevo la bici al balcón.

Nicolás lo mira. Llevar las bicicletas al balcón es una de las reglas inquebrantables de su casa y Rodrigo es como de la familia. ¿Por qué había sentido miedo de que eso cambiara?

Juegan un rato hasta que deciden salir a dar una vuelta. Rodrigo quiere ver la entrada del colegio nuevo. Van hasta allí haciendo zigzag con las bicicletas. Es un barrio muy tranquilo a la hora de la siesta. Los negocios todavía se cierran. La ciudad se transforma en cigarra en esas cuadras y ronca hasta el asfalto. Las ruedas de las bicicletas hacen su música y los chicos la escuchan. Así, con música de pedales y cubiertas rozando el asfalto, llegan a la puerta.

-Es acá.

-Nada que ver con el Pelle.

-Nada. Lo bueno es que me queda cerca de casa...

-Parece una cárcel con tanta reja.

-Vení. Demos una vuelta. Capaz que encontramos a Pilu en la placita.

-Quiero conocer a Julieta. No le sacaste ni una foto. Ni con el celular.

-¡Y dale con el celular! ¡No tengo! ¡Se puede vivir sin teléfono, Ro!

-¡Jaja! ¡Yo ya no puedo!

En la placita del barrio, Leopoldo hace rebotar la rueda delantera de su bici, subiendo y bajando escalones. No se le ve el rostro, tapado por el gorro, pero reconocen su concentración.

-Es ese -dice Nicolás.

-¿Ese? Tendrías que llevarlo a la plaza algún día.

-¿Al grupo?

Rodrigo asiente en silencio, mirando a Leopoldo en acción.

-No lo hace nada mal, Vi los videos de YouTube que me dijiste.

-Es buena idea. Vení que te lo presento.

Una tarde, volviendo de la plaza del centro, pedaleando lento, distraído, tres chicos lo rodean para robarle; se resiste apenas lo justo, más por orgullo que por otra cosa. Les da todo lo que tiene. Todo menos la remera y el pantalón. Se queda sin zapatillas, sin mochila, sin campera. Siente miedo mientras se las entrega. Pero no puede quedarse callado.

-Déjenme la cédula, che.

Y también intenta retener la bicicleta. Les dice que por esa bicicleta no van a sacar tanta plata como parece, les muestra que está toda abollada en un costado y que la rueda de atrás está en sus últimos momentos. Uno

de ellos, mientras busca en su billetera y le devuelve la cédula, le contesta que aunque les den veinte pesos, son veinte pesos más. Y Nicolás no puede decir nada. Entiende. Ya no tiene miedo. Tiene bronca: ellos no saben lo que la bicicleta significa para él; tampoco puede explicarlo ahora.

Cuando los tres chicos se van, lo saludan. Uno le da la mano. Él responde al saludo con mirada firme.

Después, caminando con el cuerpo contraído, tiembla. Tiembla de rabia, de tristeza, de impotencia. Tiembla sin frío, en medias por la calle. Bien adentro, tiembla. Por la campera, por la mochila, por haber sido robado. Pero, sobre todo, tiembla por la bicicleta. Hasta que se acuerda de la casa de una amiga de la madre que vive cerca y empieza a correr. Corriendo se calma. Y piensa en cómo hacer para recuperarla, aunque sabe que es imposible. No puede estar sin bicicleta, la necesita. Cuando llega ya tiene la solución: trabajar un tiempo en el negocio de su tío durante el verano para juntar algo de plata; mientras, pedir prestado. Hablar con Rodrigo y con Leopoldo. Armarse una tan buena como la que acaba de perder. O aún mejor.

10.

Ya es de noche. Su mamá lo pasa a buscar. Hablan de lo sucedido. Nicolás está apurado y su mamá no entiende porqué. Él le pide ir a casa. Ya. Ir a casa ya.

Cuando llegan, va a su cuarto sin detenerse. Sol y su papá lo miran. Detrás de su determinación, siente las voces, preocupadas, pero no escucha. Cierra la puerta y comienza. No hay tiempo que perder. Hace una lista de lo que necesita. Tacha lo que tiene: un par de picos y un manillar viejo. Habla por teléfono. Rodrigo le cuenta que Matías acaba de cambiar el plato de su bici. Llama a Matías y se lo cambia por una pila de juegos de la Play.

Leopoldo aporta un par de pedales que, dice, están casi nuevos. Se los pagará más adelante. Faltan las ruedas, los frenos, la cadena, el asiento y el cuadro. Enciende su computadora y se pone a buscar.

El sol lo encuentra aún buscando, con los ojos rojos pero decidido a conseguir lo que le falta durante el día.

A la hora del desayuno dice que quiere faltar al colegio. Sus padres lo atribuyen al *shock* por el robo. Él se limita a asentir gravemente. Le pide plata prestada a su hermana. Ella se la niega, pero logra convencerla: la ayudará con todos los trabajos del colegio que tiene atrasados.

Son las ocho de la mañana; aún así no le parece temprano para llamar por teléfono a un biker que tiene en venta un buen cuadro, rojo, demasiado llamativo para su gusto, pero bueno, más adelante podrá cambiarlo por uno negro como el que tenía.

El teléfono llama. Nadie atiende. Intentará más tarde. Da vueltas por su cuarto, pone música, se tira en la cama, se levanta, sube la persiana de su ventana, mira hacia afuera, vuelve a la pantalla de la computadora. Toma nuevamente el teléfono. Marca *redial*. Esta vez, una voz aún dormida pregunta quién es. Habla, arregla para ir a buscarlo en un par de horas. Se cambia la remera y sale. Va hasta la plaza del centro en colectivo. Aunque es temprano, un par de bikers se encuentran allí antes de entrar a sus trabajos, y él lo sabe.

Les cuenta lo que busca y uno de ellos le da un número de celular. Llama. Regatea los precios. Logra una rebaja y pacta un horario.

Aún no son las diez y Nicolás ya tiene casi todo lo que necesita para armarse una nueva bicicleta.

Nada importa más que volver a montar una bici. Asir ambos extremos del manillar y tensionar los músculos para levantarlo, al tiempo que el cuerpo encuentra la postura para mantener el equilibrio. Que los pedales respondan, que los picos sostengan, que el cuadro resista.

Pasa el jueves. Pasa el viernes. Pasa el sábado y cuando despunta el domingo, Nicolás se frota la frente con un trapo sucio de aceite y grasa.

-Ya está -murmura.

Toma la bici y salta sobre todos los plásticos que su mamá le hizo poner encima de las maderas del parquet de su cuarto. Tiene

que probarla. Está por salir cuando decide volver y agarrar algunas herramientas. Con una mochila vieja y la bicicleta, entra al ascensor. Se mira en el espejo y su aspecto es terrible. Abre la mochila y saca un gorro que le regaló Leopoldo. Se lo pone y sale rumbo al estacionamiento de la otra cuadra.

No está mal. Hace algunos ajustes en el transcurso de la mañana, pero al mediodía vuelve a su casa satisfecho. Llama a Rodrigo.

-Hola, Ro. Ya terminé la bici. Quedó bien.

-¡¿Ya?! Tiempo récord, viejo -se asombra Rodrigo-. Quiero verla.

-¿Nos encontramos en la plaza?

-Dale.

Y va. Y se divierte. Y gira y salta y se golpea y se ríe.

12.

Rodrigo, Claudio, Matías. Habían estudiado juntos para muchos exámenes, pasado muchas noches sin dormir. Con ellos había salido por primera vez de noche.

Ahora, Matías cumple años y, para festejar sus dieciocho y su auto nuevo, van a salir los cuatro, como en los viejos tiempos. Nicolás sonríe pensando que Matías ahorra para el auto desde los trece. Sonríe recordando que les decía que haber perdido un año en la primaria le iba a permitir ir en auto el último año de la secundaria. ¿Qué auto tendría? El colectivo lo deja a cuatro cuadras de la casa. Su sonrisa se va ensanchando cuando

comienza a escuchar los bocinazos que salen de un fiat todo destartado. Detenido por el semáforo, Matías sale del auto con los brazos para arriba gritando:

-¡Belleza! ¡Mirá! ¡¿No es una preciosura?!

Adentro, Rodrigo y Claudio están delirando de la risa. Nicolás se apura para entrar en el fiat antes de que el tránsito se ponga en marcha nuevamente.

-Vení, dale, que las *limosinas* no esperan -se ríe Claudio.

-Ya veo, ya veo. Mirá vos la máquina del Matu. ¿Adónde vamos?

-Al taller. Parece que el motor tiene cáscaras de banana.

-Pss. Un detalle -dice Matías, arrojándole su recién estrenada licencia de conducir-. ¿No estoy lindo?

13.

Nicolás piensa que es mejor no ir a la misma división que Julieta. Es mejor verla solo en los recreos. En algunos recreos, porque en otros, ella está con las amigas y él, con Leopoldo y Pablo.

De todas formas, mientras prueban el nuevo celular de Leopoldo, Nicolás la mira y la recorre. Le gusta especialmente la manera en que se para, con el talón de un pie sobre el empeine del otro, pisándose.

Están escuchando música en el teléfono cuando el tema es interrumpido por el *ringtone*. Es Mariano, el primo de Leopoldo. Nicolás

tiene en su memoria una imagen infantil de Mariano, prepotente y caprichoso, ¿seguirá así?

-¿Hola?

-...

-No sé. Ya te dije.

-...

-No tengo ganas.

-...

Pablo y Nicolás lo miran con intriga.

Leopoldo les explica:

-Quiere llevar a Salomé al parque de diversiones y de golpe soy importantísimo porque ella quiere ir con la hermana -dice mientras le tira el celular a Pablo.

Libre de su celular, Leopoldo se va, ofuscado. Nicolás no entiende, pero decide quedarse con Pablo, que ya está hablando con Mariano.

-Hola... Che, vos sabés que Pilu ya tuvo una historia con la hermana de Salomé...

-...

-No seas boludo, Mariano. Terminaron mal.

-...

-No interesa... Si te dijo que no, basta.

-...

-Se fue.

-...

-Me lo voy a quedar yo. No lo llames porque hasta la tarde te voy a atender yo. Chau.

Pablo corta la comunicación y comienza a insultar a Mariano. Es claro que hay muchas cosas que Nicolás no sabe. Le pregunta a Pablo.

-Medio que Pilu tiene que hacer lo que él dice, viste. Y Pilu lo hace porque es como su hermano mayor. Y como todos sabemos que yo no soporto estas cosas, cuando Pilu no puede más, me ocupo yo. Ya nos cagamos a trompadas dos veces con Mariano.

Pablo se queda mirando el piso, rascándose la oreja. Luego, golpea la pared con el puño cerrado y se va hacia el aula. El timbre está sonando.

Desde la puerta de su división, Julieta saluda a Nicolás con la mano. El próximo recreo será de ellos.

Todas las tardes, Nicolás se sube a su bicicleta. Su bicicleta. La que armó con sus propias manos. Y se siente cómodo, muy cómodo, en ese asiento.

Cada tarde practica tenazmente los giros y los saltos que le salen bien y se ensaña con los que le salen mal. Solo. Cuando surge mostrar a sus amigos lo que sabe hacer, hace lo que le sale a la perfección; el resto lo esconde hasta dominarlo. Admira la soltura de los demás, él no es espontáneo.

De lunes a lunes la bicicleta de Nicolás rebota y gira bajo el peso de su dueño y el

Paula Bombara

asiento va ganando las grietas y el lustre que solo da el uso.

De lunes a lunes, protectores en las pantorrillas y, aún así, dolor.

De lunes a lunes, dolor en las muñecas. Muñequeras. Guantes.

De lunes a lunes, el sueño de hacer rotaciones del cuadro en perfecto equilibrio, con los pies sobre los picos delanteros, el manillar a centímetros del suelo sin tocarlo, las manos girando en lo alto la rueda trasera y el torso bien alejado del asiento, tan veloz y elegante como Dave Mirra.

Todas las tardes, la idea casi imposible de que le importe menos hacer las cosas bien.

De lunes a lunes. Determinación para que los trucos salgan.

De lunes a lunes. Sudor que brilla pero no sonríe.

De lunes a lunes, todas las tardes, el rojo del cuadro marcando su sombra.

Solo, Nicolás se monta sobre su bici y trata de dejarse llevar por la felicidad de su presente.

15.

Un día, un auto de modelo muy nuevo, azul brillante, se detiene frente a Nicolás. Él está practicando con su bicicleta en el playón de estacionamiento, concentrado en los movimientos de su cuerpo. Los del auto tienen que tocar la bocina para que advierta su presencia.

Nicolás apoya los pies en el piso y mira el parabrisas. La puerta se abre y sale Leopoldo, con anteojos negros y un gorro al tono. Su sonrisa parece más blanca por la luz del sol de la mañana.

-¿Qué hacés acá solo, man?

-¡Qué hacés vos! Yo, practico. Y estaba de lo más tranquilo...

—Vení. Subite al auto. Dame la bici que la guardo —Leopoldo agarra la bicicleta y la pone en el baúl mientras le explica—: Vamos con Mariano a lo de un tío nuestro que tiene una quinta espectacular. Hoy están filmando una propaganda y necesitan gente. Extras. La pasás bomba y te traés unos pesos. ¿Venís?

Nicolás no duda.

En el auto, reconoce a Mariano. Luego de tantos años sin verlo, lo nota mucho más cambiado que a Leopoldo. Es casi dos años más grande que ellos, pero parece mucho más. Hablan de las tardes compartidas en la infancia. Mariano también lo recuerda.

Pasan un minuto por su casa para dejar la bicicleta y para que Nicolás se ponga una ropa con más onda. Siguen viaje. Sus padres no tienen tiempo de pedir explicaciones. Un "Paso el día con Pilu. Vuelvo a la noche", gritado al salir, es suficiente información.

En la autopista, escuchando música y con Mariano y Pilu poniéndolo al tanto de toda la gente que estará en la quinta, Nicolás se prepara para un día fuera de lo común.

A la noche, recordando los cuerpos sinuosos de las modelos, la cantidad de comida y bebidas que había, la actitud fingida que Mariano les había recomendado para parecer más grandes, la mujer que dirigía la coreografía, que lo había puesto en primera fila por sus ojos verdes cargados de pestañas, la alegría falsa que tenían que expresar para que la gente comprara más de esa bebida energizante, mientras espera que

el relax llegue para poder dormirse, Nicolás tiene la fugaz visión de unos ojos de un verde bien verde. En ellos se detiene y se concentra: ¿dónde los había visto? Repasa caras nuevas y viejas. Buscando la respuesta en su memoria, se queda dormido.

Si su hermana no hubiera estado en esa fiesta, nada de lo que pasó luego habría ocurrido. Nada. Ni lo de Zoe, ni lo de Felicitas, tal vez ni siquiera hubiera ido a la fiesta de María Martha con sus amigos. Tal vez, solo tal vez, hubiera disfrutado la noche saliendo con Julieta.

Nicolás no puede pensar en qué pasará luego porque, ahora, en el único tiempo que existe, todo su cerebro está ocupado por la imagen de un desconocido que acosa a su hermana.

Él no hubiera saltado así, si la chica era otra. Pero ver que Sol no sabe cómo hacer para salir de esa situación, lo pone furioso.

Codea a Leopoldo y con un gesto le indica la escena.

–Nico, vas a tener que aguantarte los buitres sobre tu hermana. Sol está buena, qué querés que te diga...

–Mirá cómo la mira, Pilu. Y mirá la cara de ella. Es obvio que quiere sacárselo de encima.

–Sí... pero tengo que decirte algo.

–¿Qué?

–Ese flaco es el hermano de Julieta.

–¿En serio...? –Nicolás busca a Julieta con la mirada mientras responde-. ¡Y qué me importa! Sol es mi hermana y ese se está equivocando.

Leopoldo hace un gesto que indica que lo seguirá. Nicolás va primero, esquivando a los que aparecen a su paso, con la intención de apartar bruscamente al buitre. Pero no llega ni a tocarle el hombro. Su amigo ya está delante de él, saludando al desconocido, protegiéndolo del desconocido.

–¡Nacho! ¿Sos vos? ¡Tanto tiempo!

–Hola, Pilu, qué pasa, no ves que estoy con esta princesa. Disculpalo, linda, ¿en qué estábamos?

Sol aprovecha para escurrirse por un costado. Ve a su hermano y lo agarra del brazo.

–No, no, todo bien –le responde. Y luego–: te presento a mi hermano.

–¿Quién es tu hermano?

Cuando los ojos enrojecidos de Ignacio se encuentran con la mirada de Nicolás, la música suena más grave para ambos. Las hermanas no son un asunto menor. Menos, las hermanitas.

–¿Vos no sos el gil que anda con Juli?

–Sí. Soy yo.

No hay piñas ni empujones ni trompadas. Sí, un acuerdo muy claro. Ignacio no se acercará más a Sol, pero al día siguiente, Nicolás y Julieta tendrán que dejar de salir. Nicolás no protesta, decide en ese mismo instante que no le hará caso; sin embargo, asiente. Sellan el acuerdo con un apretón de manos que a Leopoldo le da risa.

–¡Tampoco es para tanto! ¡Ni que las chicas fueran de vidrio! ¿Qué opina Julieta de todo esto? ¿O no te importa lo que ella pueda decir?

–Callate, Pilu. Esto es entre este gil y yo –dice Ignacio–. En mi casa, mi hermana y mi vieja hacen lo que yo digo.

Y resulta que es verdad. A la mañana siguiente, domingo, Julieta llama por teléfono a Nicolás y le dice que no pueden seguir saliendo. Que la perdone, que su hermano es así. Que mejor hacerle caso.

Además de lágrimas, hay miedo en esa voz.

Él se resiste, le dice que pueden seguir sin que él se entere, que no puede vivir haciendo lo que su hermano quiere, que algo se les va a ocurrir.

Pero Julieta se niega.

–Yo también estoy muy mal por terminar así, Nico. Lo siento muchísimo porque la paso muy bien con vos... pero es así, viste. Es así: lo nuestro fue, Nico. Fue.

Fue.

La voz de Julieta lo persiguió el domingo entero. Sol lo consoló como pudo. Nicolás se dejó mimar. Luego salió con su bicicleta.

A veces es mejor que no haya palabras alrededor. Sentir los ruidos y los roces y la respiración y que la piel transpire y que los músculos ardan y que los frenos chillen y que los pedales se traben contra sus piernas y que los pies resbalen y que el cuerpo caiga y se levante otra vez a patear la pared y a enderezar la bicicleta y vuelta a empezar y seguir y seguir y seguir hasta que el corazón sea una bomba a punto de explotar.

En la plaza del centro, el punto de reunión de los bikers, Matías, Nicolás y Rodrigo habían conocido a unos chicos. Iban a mirar, a desear.

En los momentos de descanso, les prestaban sus bicicletas. No hablaban, pero había mucho que Nicolás quería saber. Sobre todo acerca de uno de ellos, el Ñoqui, dueño de una mirada dura y franca.

Pronto se dieron cuenta de que el Ñoqui era más talentoso arriba de la bicicleta que todos los chicos de la plaza juntos. Nicolás aprendía trucos cada vez más difíciles solo para enseñárselos al Ñoqui y verlo. Era placentero hasta

verlo caer. Hasta eso lo hacía con elegancia. Cuando caía, el Ñoqui se levantaba una y otra vez, con una tenacidad que superaba largamente la de los demás. En cuestión de horas, aprendía la prueba y la mejoraba. El Ñoqui se encogía de hombros cuando lo felicitaban.

A Nicolás, además de placer, mirarlo le daba envidia. Una envidia inconfesable que le provocaba malestar. Le molestaba que fuera tanto más talentoso que él. No podía remediarlo. Solo aprender a aceptar las diferencias. Así como había aceptado que Rodrigo era más inteligente, Matías más fuerte y él, más lindo.

Con el paso del tiempo, el Ñoqui se hizo un lugar en el grupo. Sus amigos se aburrían de la plaza pero él quedó.

Una tarde, les contó que su apodo se debía a su gusto por los ñoquis. Matías se levantó, fue a la rotisería de la esquina y le trajo una porción doble con estofado. Eran las seis de la tarde pero el Ñoqui dejó la bandeja limpia. Matías se moría de risa viéndolo comer. Y el Ñoqui también se divertía, exageraba sus gestos mientras comía, brotaban carcajadas de su boca llena.

Nicolás, no. No veía la gracia. ¿De qué se reían?

—¿Y cómo te llamás? —le preguntó, acuchillando las risas—. ¿No te jode que te digan así?

—No. Soy el Ñoqui. Me gusta ese sobrenombre —le respondió él.

—“Ñoqui” también se les dice a los inútiles.

—¿Y?

—Pero yo quiero llamarte por tu nombre.

—Como quieras, pero no te voy a contestar. Soy el Ñoqui.

—¿Y cómo te llamás?

—Cortala, Nicolás —dijo Rodrigo—. Uno se llama como se llama. Él se llama el Ñoqui. ¿Tan complicado te parece?

—Jorge —contestó finalmente el Ñoqui, ya sin reír—. Como mi viejo.

Después de esa conversación, su apodo, “Nico”, le pareció insulso. No tenía que ver con nada que le gustara. Tampoco con algo que le disgustara. Era el nombre que sus padres habían elegido para él. ¿Cuánto tenía que ver con él su nombre? ¿Cuánto mostraba de él su nombre?

Veía al Ñoqui sobre la bici y su felicidad brillaba hasta en las gotas de sudor. ¿Por qué él, Nicolás, no podía disfrutar así? ¿Por qué, si supuestamente era lo que más le gustaba hacer en el mundo?

—A vos te falta dejarte llevar, man —le dijo el Ñoqui una tarde en la que nada le salía como quería—. Te ponés muy serio arriba de la bici. Pensás mucho. Si te dejaras... las cosas te saldrían más fácil. Las que no te salen, te saldrían.

Nicolás lo miró, y luego se concentró en el piso de cemento. Le costaba aceptar los consejos de Ñoqui porque le costaba no sentirse un nene a su lado.

—Puede ser —le contestó—. Puede ser...

Lo de Zoe empezó casi sin que Nicolás se diera cuenta. Demasiado cerca de su ruptura con Julieta. Demasiado cerca del dolor que le provocó ese quiebre.

En tres meses, dos chicas. Leopoldo y Pablo lo cargaban todo el tiempo por eso. Rodrigo y el Ñoqui también. Matías no paraba de decirle "Belleza".

¿Y él? No está con ánimo de salir con otra. No quiere.

Pero Zoe... Es difícil decirle que no. ¿Cuántas chicas así conoce?

Sus amigos tratan de convencerlo para que afloje, pero él no quiere. Sabe que es divertida, inteligente, bonita. Lo dicen todos todo el tiempo. "Está mejor que Julieta." Lo dicen demasiado. La vitalidad de Zoe le saca las ganas. No es una chica que acepte los "no" fácilmente. Es una chica que presiona para que los "síes" florezcan a su alrededor. Pero Nicolás sostiene su no y, sin darse cuenta, eso lo hace aún más irresistible.

Otra novia, por ahora, no. Amigas, sí.

Pero Zoe insiste en colgarse de su cuello y tirarle indirectas.

Leopoldo, Pablo y Felicitas miran y se ríen. Solo a veces, cuando notan que Nicolás ya no da más de tanto devolver pelotas en este *match* inacabable, le dan una mano. Felicitas arrastra a Zoe al baño o los chicos la enredan en una conversación sin rumbo.

Ahí, Zoe lo mira y, en un silencio que busca hacerlo cómplice, lo apunta con el dedo. Durante ese gesto, Nicolás tambalea. Tambalea, pero no cae.

20.

Cumpleaños. Diecisiete.

Falta solo uno para dejar de pedir permiso para salir de noche.

Falta solo uno para terminar la secundaria y entrar en eso que llaman "la realidad".

Nicolás festeja y recibe regalos, como cualquier otro año.

Su mamá deja escapar una lágrima cuando le cantan el "que los cumplas feliz", una lágrima ínfima que él ve brillar en su mejilla a la luz de las velitas. Piensa en abrazarla cuando ella se le acerca, presurosa, a darle el primer beso después de la ceremonia de la torta, pero no lo hace. No le sale. Sin embargo, el

Paula Bombara

beso dura un segundo más. Y ella se estremece un poco antes de correr a buscar las servilletas.

Sonríe mirando el diecisiete de cera, ahumante todavía.

Diecisiete es una buena edad.

21.

Felicitas toca el timbre a la hora de la siesta. Viene de parte de Zoe, dice. Nicolás le responde que espere. Baja en ascensor, abre la puerta.

—Hola, Nico. Te traigo esto de parte de Zoe... —Felicitas le da un beso y un paquete.

—¿Qué es esto?

—Un regalo. Le da vergüenza dártelo.

Nicolás la mira divertido mientras abre el regalo. Se encuentra con unos guantes para andar en bici que él quiere desde hace tiempo. Los contempla anonadado y luego clava la vista en Felicitas.

—Son muy caros, Feli...

–Nunca la vi así. No sé qué decirte... Estará enamorada.

Nicolás se los pone, abre y cierra las manos, piensa en cómo sería tocar el manubrio con esos guantes. De pronto, un mal pensamiento lo hace hablar.

–Si los acepto va a pensar que voy a salir con ella...

Felicitas mira sus manos enguantadas. No dice nada por unos segundos. Luego sacude su cabeza negativamente.

–No creo. Zoe no es así. No se animó a llevártelos el día de tu cumple. Es un regalo demasiado personal...

–...

–Si no te los quedás vos, van a terminar en las manos de Pilu. No conocemos a nadie más que ande en esa clase de bicis...

Nicolás la mira con una sonrisa.

–Y Pilu me los va a dar a mí. A él no le gusta andar con guantes.

–Si querés hacé eso. Total, los guantes van a terminar siendo tuyos.

–...

–...

Nicolás se mira las manos una vez más y dice:

–Decile que los acepto, pero que no quiero salir con nadie por ahora.

–Bueno...

–Y también decile que no te use de mensajera.

Felicitas lo mira con seriedad y de pronto a Nicolás se le acelera el corazón. Se queda suspendido dentro de esos ojos verdes. Nunca había visto a esa Felicitas. Se

da cuenta de que dijo algo de más. Y cuando la mirada lo aprieta contra la pared, se percata de que no es que haya dicho algo de más: es peor que eso. Reflejado en esos ojos ve su rostro transformado en caricatura. Se siente estúpido.

–Es mi amiga, Nico. No me usa. Yo pasaba por la puerta de tu casa para ir a lo de mi abuela, que vive allá, en el edificio de aquella esquina –Nicolás mira el edificio color crema, cualquier cosa es mejor que verse transformado en una caricatura–. Es mi amiga y tiene vergüenza. Yo me ofrecí.

–Perdón... tu abuela... soy un tarado...

–Sos un tarado... –repite Felicitas, desembarazándose de su timidez.

Nicolás la mira con preguntas entre las cejas, es otra Felicitas sin su timidez.

–No pienso que...

–Chau –dice Felicitas, interrumpiéndolo con un beso fuerte, tratando de expresar su enfado en ese choque.

Nicolás se queda mirándola hasta que llega al edificio de la esquina de enfrente. Le gustó la fuerza de ese beso, sigue sintiéndolo en su mejilla. La ve sacar un llavero de su bandolera. Todavía está estudiándola cuando ella gira la cabeza y sus ojos se encuentran de nuevo. No desvían las miradas. Felicitas levanta su palma abierta y, sin sonreír, dice "chau" antes de entrar. En un parpadeo ya no está. Y él se pregunta cómo es que no la vio antes, tantos días sentada delante de él. Entonces recuerda que siempre mira a Zoe, que es Zoe la que acapara las miradas. Con la vista fija en ese

lugar donde ella ya no está, Nicolás murmura su sorpresa y se sobrepone al momento.

Luego mira sus guantes nuevos y se los ajusta. Quiere probarlos en la bicicleta ya mismo.

22.

Jueves. Una llamada. Es Leopoldo, que está por llegar. Nicolás se apura. Agarra la bicicleta y le grita a su mamá que sale. No espera a escuchar la respuesta.

Por la calle, paseando como si estuviera en la playa, viene Leopoldo. Nicolás le extiende la mano a modo de saludo.

—¿Vamos? —dice Leopoldo con una sonrisa.

—Vamos.

—¿Saben que vas conmigo?

—Sí, ya hablé con ellos.

Mientras recorren las cuadras que los llevan a la plaza del centro, Nicolás piensa en

Rodrigo, en Matías y en el Ñoqui. ¿Qué pensarán de Leopoldo? Rodrigo ya lo había visto, pero ¿encajará con el resto? Desea que sea uno más. Cinco es un buen número. El tránsito en aumento le quita esas preocupaciones de la cabeza: hay que prestar atención si no quiere morir aplastado.

Apenas llegan, la preocupación vuelve; pero Leopoldo se encarga de hacerla un bollo y patearla al cesto de basura. Su amigo *viejo y nuevo* se une cómodamente a todos los demás.

Al caer la tarde, cuando las luces de la plaza ya no alcanzan para seguir pedaleando, los chicos se sientan en círculo a conversar sobre sus planes de fin de semana. Rodrigo y Matías los invitan a un baile organizado por el centro de estudiantes del Pellegrini. El Ñoqui cuenta que ya arregló para salir con los amigos de su barrio. Nicolás dice que prefiere ver una película. Leopoldo hace cara y pregunta por qué ver una película si pueden ver chicas.

—Qué idiota, Pilu. No quiero ver chicas. ¿Cuál es el problema?

—El problema es que estás enfermo, Nico. ¡Cómo no vas a querer conocer más chicas!

—Callate, gil, vos hasta los quince no opines de mujeres —le responde medio en chiste, medio en serio al Ñoqui—. No quiero ver chicas. No hay ningún problema.

—¡Mentiroso! ¡Vos te quedaste así después de Julieta y lo del regalo de Zoe ahora te está trastornando el cerebro!

—Si esos guantes te están poniendo tan mal, creo que deberías dármeles... —dice el Ñoqui con una sonrisa.

—Justo eso estaba pensando, mirá vos —Nicolás lo agarra y hace un amague de pelea.

—¿No te parece que Pilu merece una chica que le haga regalos como ese? —Rodrigo trata de volver a la conversación—. Una chica como Carla, por ejemplo...

—Carla iría muy bien con Pilu —opina Matías.

—Sí —Nicolás piensa unos instantes mirando el piso y vuelve a él una serie de recuerdos cálidos, cosas que no va a olvidar nunca—, es cierto. Es la chica para Pilu.

—Bueno, queda decidido entonces —dice Leopoldo frotándose las manos—. La película, Nico la ve mañana; y el sábado vamos a bailar.

Nicolás se afloja. Sabe que va a divertirse.

—Bueno, bueno. El sábado te la presento a Carla. Tiene un chihuahua. Y el padre toca el bajo en una banda de rock. Te va a encantar.

Esa noche, Leopoldo se queda a dormir en la casa de Nicolás. La excusa es estudiar y todos saben que será lo menos importante. Es la primera vez que los padres de su amigo lo ven después de tanto tiempo. Todos están muy contentos. La cena se nutre de anécdotas de los años que los chicos compartieron, de noticias del viejo barrio que Leopoldo cuenta y el resto comenta con frases del estilo de "¡Te acordás!", "¡Uy, cuánto tiempo que pasó!", "¡Sigue existiendo!".

Luego, no puede ser mejor. Hablan y miran videos de bikers en YouTube hasta cansarse, juegan con la

consola de Nicolás, se ríen juntos viendo dibujos animados del coyote y el correcaminos.

Cuando faltan apenas tres horas para levantarse, deciden estudiar un poco. Al día siguiente tienen evaluación de Literatura.

23.

Desde el episodio de los guantes, Felicitas y Nicolás se tratan de otra manera. Más adulta, quizás. Más distante, seguro.

Lo que sintieron al mirarse aquella tarde fue demasiado intenso como para tolerarlo. Fue una mezcla turbia de deseo, admiración y zozobra.

Ambos decidieron no hacer lugar a esa extraña sensación. Había algo oscuro allí. O profundo.

Y en el medio: Zoe.

Para ambos resulta mejor no explorar esa intensidad. No, mientras sea posible.

La fiesta del Pelle. Entrar con Leopoldo es terminar de unir sus mundos. Nicolás sabe que, tarde o temprano, el futuro está en su presente, en lo que hoy es, aún, un poco desconocido. Su ex colegio, con su gente y su música y todo aquello tan fácil de respirar, quedará en el pasado como una experiencia que se truncó. Pero esa noche de sábado, esos rostros tan familiares que le palmean el hombro con alegría de verlo le hacen pensar otra vez que es una pena no poder dar marcha atrás.

Leopoldo observa y pronto encuentra la forma de encajar. A él, adaptarse a distintos

ambientes no es algo que le traiga problemas. Al contrario, disfruta del desconcierto inicial, del desafío posterior. Codea a Nicolás para preguntarle si aquella chica, de ojos grises delineados y la punta de los cabellos teñida de rosa, es Carla.

–¿Cómo supiste? –se asombra Nicolás.

–No lo sabía, pero me alegro –le responde Leopoldo–. Esa chica me encanta.

Nicolás podría irse tranquilamente. La noche transcurre, la música cambia, la gente se mueve y Leopoldo sigue conversando y bailando con Carla. Cuando ella y sus amigas se van, vuelve a reunirse con Nicolás, que lo espera, junto a Rodrigo y a Matías, para ir a desayunar.

–Te dije, Belleza, que eran tal para cual –dice Matías, sabiendo que Leopoldo se acerca y lo puede escuchar–. ¿Teníamos razón o no, Pilu?

Leopoldo sonríe y no dice nada.

–Callate, Cupido motorizado –lo reta Nicolás–. ¿Adónde dejaste el auto?

–A la vuelta. Pero antes, vamos a desayunar.

Esquivando cuerpos recorren el pasillo que lleva a la salida. Es oscuro, y la rendija de luz que se ve por debajo de la puerta muestra un día nuevo. ¿Y la noche? Tan corta, tan bien disimulada detrás de las nubes de humo y las luces sincronizadas de la pista. Abren la puerta entrecerrando los ojos de antemano.

A Nicolás no le gusta esa sensación de no-paso del tiempo adentro de los boliches. Le molesta encontrarse

con el sol al salir. La basura que la diversión generó lo incomoda. A la luz del día, las botellas, los papeles, los chicos y las chicas apostados en las esquinas, algunos doblados de sueño o borrachera, le resultan deprimentes.

La resaca, lo que queda después de que las olas se retiran de la orilla.

Quiere saber si Leopoldo verá a Carla.

–No por ahora –le responde su amigo–. En la semana va a ser complicado porque ella tiene que estudiar y el fin de semana que viene se va con los padres a una quinta, no sé bien qué me dijo. Después, más adelante, sí... No la voy a dejar pasar...

Luego, Pilu baja la cabeza y lo mira de costado. Una pregunta aparece en sus ojos y no necesita formularla. Nicolás la ve y la entiende.

–Alguna vez tuvimos una historia, pero terminamos bien. Es una amiga. Está todo bien, Pilu. Tenés mi bendición...

–Pero si te portás mal con ella te cagamos a trompadas –agrega Matías desde atrás.

Nicolás sonríe. Caminando al lado de Leopoldo, escoltado por Rodrigo y por Matías.

Definitivamente, el pasado y el futuro se han conectado.

La semana siguiente comienza atravesada por una gripe. Lunes y martes, en casa, encerrado, sin bicicleta pero con una fiebre que lo mantiene rebotando. El miércoles ya está mejor y vuelve al colegio. Se entera de la fiesta de María Martha, la hermana de Marcelo, un compañero con el que jamás habló. Todo lo que le cuentan de la fiesta le parece complicado, tal vez porque aún le resbalan mocos de la nariz y eso le molesta.

Es lejos.

Hay que conseguir un auto.

No conoce a nadie.

Es el primero en proponer otra cosa.

—¿Por qué no vamos todos a la casa de Pablo, como dijimos la semana pasada?

—Ni loca, nene. La fiesta va a estar buenísima. Le pusieron toda la plata, entendés. ¿Cuántas veces tuviste un boliche para vos solo? —dice Zoe desde el banco de adelante.

—Invitó a medio mundo, Zoe, no vamos a estar solos.

—Bueno, pero es toda gente conocida. Hasta la podemos ubicar a Feli...

—Callate, tarada, yo no necesito que me ubiques en ningún lado —la voz un poco ronca de Felicitas vibra en el diafragma de Nicolás.

—¡Era un chiste, boba!

—A mí tampoco me dan muchas ganas de ir.

—¡A vos tampoco! ¡Te voy a matar, Felicitas! ¡Me dijiste que te morías de ganas!

—Vos dijiste eso. Yo tenía ganas pero ahora no... Después te cuento.

—No. Decime ahora.

Nicolás se aburre y se levanta de su silla. Le hace una seña a Pablo, que lo sigue. Las dejan cuchicheando y buscan a Leopoldo.

—¿Qué te pasa?

—Nada, no tengo ganas de ir. No conozco a la que cumple años, nunca hablé con el hermano. No entiendo por qué estoy invitado.

—Porque tienen toda la torta y porque vos tenés la jeta que tenés.

—...

—...

—¿Qué va a hacer Pilu? —pregunta Nicolás, malhumorado.

—No sé, no me comentó nada —responde Pablo.

Por fin lo divisan saliendo del baño. Le hacen señas. Él se acerca caminando tranquilo, con las manos en los bolsillos.

—¿Qué pasa?

—¿Vas a ir a la fiesta? —pregunta Nicolás.

—¿Qué fiesta?

—La de María Martha, la hermana de Marcelo —aclara Pablo.

—¿Hace una fiesta?

—¡Cumple quince, colgado!

—Dale, vamos. ¿Dónde es? —la determinación de Leopoldo deja a los otros dos sin respuesta.

—Lejos.

—Bueno, le decimos a mi primo que nos lleve.

—¿Así nomás? ¿Así de fácil? —pregunta Nicolás aún un poco molesto.

Sus amigos lo miran y se miran.

—¿Y a este qué le pasa? —le dice Leopoldo a Pablo.

Pablo responde con un gesto.

—¿Y Mariano querrá llevarnos? ¿No importa si no está invitado? —vuelve a preguntar Nicolás.

—Seguro que lo invitaron. La hermana mayor era compañera de él. Igual, pará que le pregunto.

Saca el celular. Le escribe un mensaje. Recibe la respuesta inmediatamente. Sí, los lleva. Él también está invitado.

El problema del transporte, resuelto.

Aun así, Nicolás sigue sin ganas de ir a la fiesta. Leopoldo lo mira.

-¿Qué te pasa?

-No sé. No tengo ganas. No conozco a nadie. Qué se yo... ¿Por qué no hacemos otra cosa?

-No tenés que conocer a nadie, gil. Vamos a divertirnos -responde Leopoldo.

-Venite primero a casa y después vamos a la fiesta -le dice Pablo.

-...

-Si no nos gusta, nos vamos a otro lado. No te compliques -agrega Leopoldo.

Nicolás dice que sí con la cabeza y se acaba la conversación.

26.

Realmente se notaba que la familia de María Martha había gastado mucho dinero en la fiesta. Bebidas, comida, DJ, pantallas de video gigantes.

Nicolás mira todo eso y se siente en otro mundo. Aclara sus pensamientos: ese nuevo mundo también es el suyo y el de sus amigos. Un mundo más complicado, con más relaciones, con más planes. Se le vienen encima pensamientos sobre cómo será el futuro luego de este último año de colegio. Los despeja con un trago de cerveza. No es momento de pensar en esas cosas. Busca a Leopoldo y a Pablo con la mirada, no los encuentra. Se sienta.

Sin pedir permiso, Zoe se sienta a su lado y le habla:

—Ya sé que no querés salir conmigo —le dice—, y voy a dejar de insistir.

Nicolás la mira, agradece con una bajada de cabeza; no está allí, está lejos. Está lejos y se ve desde afuera. Ve que Zoe le habla y él la mira sin escucharla y también ve cómo mira los restos de espuma en su vaso vacío. Pasados unos minutos, finalmente la oye decir que quiere un beso, nada más que un beso, y ve los ojos miel brillando lágrimas. Un beso es nada más que un beso, ¿por qué no darle un beso? Sigue lejos cuando se ve besando brevemente a Zoe. No siente nada pues está lejos de sí mismo.

Zoe dice que es una hermosa despedida, y sonrío.

Mientras se va, Nicolás la sigue con la vista hasta que en su mirada aparece Felicitas.

Felicitas hace temblar su pulso. Deja de mirarla, entra en sí mismo y se va en busca de sus amigos. Nicolás piensa mientras camina que si algo tiene que pasar con esa sorpresa de ojos verdes y voz algo ronca, debe ser esta noche.

27.

201

Tres horas más tarde, surge la oportunidad. Surge cuando Nicolás ya tiene ganas de irse. Pero es el único, parece. Pregunta. Zoe quiere quedarse un rato más. Leopoldo está hablando con un par de compañeros. Mariano, en unos sillones, conversa con su novia Salomé y otros amigos. Pablo fue al baño. Felicitas tiene cara de aburrida, o de cansada, no se nota muy bien la diferencia. Las luces le iluminan el rostro de una manera extraña. Nicolás se queda observándola hasta que Zoe le llama la atención:

—¿Por qué mirás tanto a mi amiga?

Responde la verdad:

-Mirale la cara. Las luces. Mirá cómo se le ponen los ojos. La parte blanca de los ojos.

Zoe mira a Felicitas y sonrío.

-Es muy hermosa mi amiga... ¿Venís a bailar?

-No tengo ganas...

-Vos te lo perdés -responde ella yendo a la pista.

Nicolás está tan cansado que los sonidos lo atraviesan como si fueran flechas y él, un blanco fácil. Aun así, se acerca a Felicitas.

Ella lo mira con curiosidad.

-¿Sabés? -dice Nicolás, con cautela-. No sé cómo decirte esto, pero cada vez que te miro me pasan cosas.

Felicitas se ríe y el tiempo es puro presente.

-¿Cosas?

-Sí, cosas. Me tiembla el pulso, me late un ojo, me siento un idiota... Cosas.

Felicitas no dice nada.

-¿A vos te pasa algo así? -Nicolás transpira de miedo al ridículo. Hizo su movida y debe esperar.

Felicitas continúa mirándolo. Mirándolo sin decir nada.

De pronto, le toca un brazo y le dice que la siga.

Él va. Hacia afuera, hacia esa noche que ya está dejando de serlo.

-Adentro no se puede hablar -se excusa ella, sentándose en un coqueto silloncito blanco.

Nicolás sonrío, aunque no sabe bien por qué. Se pregunta si será una chica de estrategias. Salir no le

parece que haya sido una, le parece la pura verdad. Se sienta a su lado y gira una pequeña vela que ilumina el lugar. Felicitas mira la luz y le devuelve la sonrisa.

-No me imaginé que podían pasarte cosas conmigo.

-...

-No sé qué responderte. Me parecés muy lindo, obvio, como a todas...

-... -su cara ahora le pesa más que nunca. Mira hacia el piso.

-No sé...

Nicolás se nubla. Mira el azul intenso del día que se despereza. De pronto, aparece un brillo nuevo en el movimiento de Felicitas. Una decisión que, inexplicablemente, él ve. Ve a la Felicitas que da besos fuerte.

-Mirá: no sé qué me pasa con vos porque Zoe está enamorada de vos. Entonces yo... ¿me entendés?

-Me parece que Zoe ya sabe que no quiero nada con ella -le responde, serio.

-Sí, ya sé. Me dijo. Pero está enamorada... Si mañana te ve conmigo...

Nicolás entiende.

-Ya. Vayamos viendo cómo resolver eso. ¿Dale?

Felicitas asiente y mira hacia arriba. Al cansancio se ha sumado la tensión de este desconcierto. Aunque notaba un cambio en Nicolás, le cuesta creer que ella le guste al punto de confesárselo así, tan de frente. Decide disfrutar de este momento tan azul. Se afloja en el sillón y mira el cielo más cómoda.

-Qué color, ¿no? El amanecer. Me encanta verlo a esta hora.

Paula Bombara

Nicolás sonríe otra vez. Se siente bien. Mira la mano de Felicitas, relajada sobre el sillón y la cubre con la de él. La siente fría y le dan ganas de abrazarla. De abrigoarla. Pero decide no hacerlo y concentrarse en la mano que, suavemente, está acariciando con su pulgar. Dijo que entendía y es cierto. Esperará el tiempo que sea necesario.

SEGUNDA PARTE: FELICITAS

1.

Te moriste.

Te moriste, nena, y no me avisaste para que me preparara con tiempo.

No pudimos despedirnos. ¡Por qué no pudimos!

¿Supiste que te ibas a morir? ¿Pasó tu vida delante de tus ojos en los últimos segundos?

No importa.

Ya no importa.

Ya nada me importa.

2.

Si hubiéramos sabido que te ibas a morir, ¿hubiéramos sido tan amigas?

¿Hubiera pasado todos estos años de mi vida planificando hacer cosas con vos? ¿Vivir juntas cuando fuéramos grandes? ¿Sabiendo que la única que llegaría a ser mayor de edad sería yo? ¿Lo hubiéramos hecho?

Te lo pregunto así porque vos, Zoe, sos de esas mujeres que van de frente.

Vos dijiste "Yo voy adelante con Nico".

Y yo, que me hacía problemas porque tenías puesta una mini. No podés ir a upa de un chico si tenés puesta una mini. No podés. Menos a upa de Nico, que te dijo mil veces

Paula Bombara

que no quería tener nada con vos. Menos a upa de Nico, después de que nos viste charlando en el silloncito. Yo dije: "No, que Nico venga atrás. Yo voy adelante con Zoe". Y vos: "¡Feli, ya fue! Así estamos perfecto". Y me miraste con cara de asesina.

Por vos, tarada, mil veces tarada, yo salí del auto re golpeada, pero viva.

3.

Cuando te conocí, envidié que tuvieras trenzas. A mí me habían cortado el pelo para que no se me subieran los piojos. Parecía una manzana, con mi cara redonda y ese corte de pelo. Vos llegaste al jardín con las trenzas negras y gordas, larguísimas. Y me miraste con tu cara de "soy la reina del mundo y nadie va a cambiar eso". Te paraste detrás de mí. En la sala, la seño dijo todos nuestros nombres en voz alta. El mío tan largo y el tuyo tan corto.

Y te sentaste al lado mío. Y me miraste seria, de reojo.

Y yo te dije qué me importa con los hombros y me fui al lado de Pilu.

Paula Bombara

Así empezamos, Zoe.

Y te seguí diciendo qué me importa durante itrece años!

Y ahora sí me importa, sí me importa, sí me importa que no estés conmigo. .

4.

Me acuerdo de que en uno de los libros que leímos juntas el chico tenía la sensación de estar desapareciendo. Empezaba como prepotente, diciendo que no tenía ganas de contar detalles de la vida de nadie. Me acuerdo cómo nos gustó eso de cruzar una calle con la sensación de estar esfumándose.

Yo estoy a medio camino. Si quisiera, podría hacerme humo ya mismo. Y sin embargo me viene a la mente esa energía de la primera página... no creo que vaya a desaparecer, Zoe.

Me dijeron que tal vez me haga bien escribir... No quiero escribir una palabra,

Paula Bombara

pero tengo tiempo de sobra para pensar. Pensar en nosotras...

Seguro que voy a ser confusa. Porque ahora siento que siempre estuve confundida. No sé. Como que vos eras una especie de brújula. Pero sin vos estoy como cuando salimos de un boliche o de un recital, viste. Los oídos me zumban. La cabeza me da vueltas...

Mis papás están preocupados. Me van a llevar a ver un psicólogo... Una, me parece. Creo que es mujer.

Tenemos turno para el próximo martes. Justo ese día se cumple un mes del accidente.

Si no te hubieras muerto estarías organizando una fiesta...

Bueno, festejarás con Nico y Mariano. Imagino que están todos juntos, ¿no?

5.

Tengo que contarte algo. Importante.

No llegué a hacerlo antes, no tuvimos tiempo, no era el momento ni el lugar, me parece...

Ay, Zoe, tus ojos de asesina me pesan más que nunca.

Nico me dijo que le pasaban cosas conmigo. ¿Podés creer?

Una vez que un chico me prefiere a mí, se muere. Ja.

Yo... yo le dije que no podía pensar en mí porque vos estás enamorada de él... Pero, la verdad es que a mí también me gusta Nicolás. Claro, cómo no me va a gustar, con lo lindo que es.

Que era.

Me dijo que vamos a ir viendo...

Ya no vamos a ir viendo nada, Zoe. No puedo ver más allá de tus ojos de asesina y tu voz algo nerviosa diciendo:

¡Feli, ya fue! Así estamos perfecto.

Perfecto, nada.

Perfecto nada, Zoe.

6.

¿Sabés qué me dijeron hoy? Que el show debe continuar. Hay gente que me parece que no entiende lo que pasó. Mi papá es uno de esos. Él porque escucha Queen y su ídolo es Freddy Mercury. ¿Sabés qué le contesté? Que la vida es tiempo que pasa y yo lo paso como se me da la gana. ¿De qué show me está hablando?

¿Estuve muy bruta?

¿Vos sabías?

Esa es la pregunta que me carcome la cabeza. ¿Vos lo viste venir, como viste a ese

tipo que nos iba a asaltar a nosotras y terminó asaltando a las chicas que venían atrás porque vos me arrastraste y me llevaste para el otro lado? Y yo diciendo "Ay, Zoe, qué te pasa", y vos, "Callate, estúpida, que después te explico". Y cuando me explicaste... Dios... yo pensé que esas cosas pasaban en las películas, nada más.

A vos también te asustaba cuando nos pasaban esas cosas... ¿Vos te diste cuenta de que íbamos a chocar?

7.

Hoy me acordé de cuando te quebraste la pierna. ¿Te acordás? Me había olvidado. Y eso que también fue en un choque.

La verdad es que tenés muy mala leche con los autos. ¡Tres veces chocaste!

Alguien con más humor negro que yo diría que la tercera es la vencida...

Me acordé de cuando estuviste en el hospital con la pierna toda enyesada. Era cuarto grado, me parece. Llenamos el yeso de dibujos, estaba rebueno. Fue una pena que no pudieras guardarlo. Pero le sacamos un montón de fotos. ¿Te acordás?

Paula Bombara

Yo nunca me quebré nada. Ni siquiera ahora me quebré...

8.

Mis brazos están mucho mejor. Hoy me vio el médico. Lo que sí, me van a quedar algunas cicatrices, obvio. Y mucho menos vistosas que la que tenía Nico en el mentón. ¿Al final la acariciaste como querías? Vi el beso, pero no si le tocaste la cicatriz.

El médico dijo que las cicatrices podrían disimularse con un tatuaje y me guiñó el ojo y mi mamá que cayó como una tonta y con un cantito le respondió "Ay, doctor, no le dé ideas, por favor".

¡No le dé ideas! Qué patéticos que me parecieron los dos. Primero, el médico, haciéndose

el buena onda. Y después mi mamá... faltó que se pusiera colorada.

Igual, tengo que ir un par de veces más porque me sigue doliendo un codo. No tengo nada roto, pero dicen que puede ser algo de los tendones, no entiendo bien. Viste que los médicos hablan tan en difícil que parece que fuera a propósito. Igual que las recetas. ¡Dios! ¿Qué les pasa en la facultad? ¿Se olvidan de la forma de las letras? Te juro que la a, la e y la o las hace igual. Ni hablar de la i, la u, la m, la n, la c... Todas son como íes sin puntito. Si a este médico lo agarrara la señorita Marilú, la que tuvimos en cuarto, lo mataría.

Cuestión que salimos del médico y mi mamá me llevó a un bar.

A charlar.

Yo no quería hablar de nada.

Se enojó, se puso triste, no sé qué le pasó. Me miraba y las lágrimas se le escurrían por los cachetes.

Pobre, me da pena; pero ino tengo ganas de hablar con ella! ¡Tengo ganas de hablar con vos!

Nos tomamos un café con leche en silencio y nos volvimos a casa.

Cuando estaba girando las llaves me miró y me dijo que contara con ella, que ella también perdió una amiga, una vez.

Ahora resulta que todos perdieron alguna amiga alguna vez.

9.

Tengo pesadillas. Pero no me acuerdo de lo que sueño.

Supongo que sueño con el choque.

La cara de Nico es lo último que vi. Su cara, a punto de decirme algo que ya no sabré nunca. Esa idea loca de que iríamos resolviendo la forma de no lastimarte y de, tal vez, estar juntos. Su cara buscándome...

Antes la tuya. Tu cara de perfil, con los pelos todos erizados. Tenés una cara muy linda, Zoe. Con una luz propia. Eso no lo veo en mucha gente. Caras con luz. Pero vos tenías la cara así. No salía de los ojos o de tu pelo, que brillaba mucho. Salía de la piel, no

sé cómo explicarte. Vos decías que en realidad era luz mía reflejada en tus dientes. Siempre me hacías reír con esa frase. Y si me vieras ahora... Aunque me cuelguen quinientas lamparitas, te juro que no ilumino a nadie.

10.

Estoy cansada de pensar en vos todo el día.

Todo el día, entendés. Todo el santo día te tengo en la cabeza, Zoe. Todo.

Y si no pienso en vos, se me aparece Nico. Nico y su voz y su mano sobre la mía. Me acariciaba los dedos con su pulgar, Zoe. Y mi cabeza maquinaba cómo hacer para hablar de esto con vos... Nico y su sonrisa y su "vayamos viendo"...

Ya me están hartando.

Casi que pienso más en ustedes ahora que se murieron que cuando estaban vivos...

No puedo evitarlo.

Pienso en que tendría que haberme pasado adelante. En que, por una vez, tendría que haberte dicho que no, que vos con Nico, no. ¡Pero me pusiste una cara!

Me dio no sé qué. Ahora me odio por eso.

Tal vez vos sabías...

¿Sabías?

11.

Pienso millones de cosas. ¡Millones! Cosas de las vacaciones, cosas del colegio, cosas que me contaste de tu familia. No paro de pensar.

Pienso en tus hermanos, en tu mamá, en tu papá.

Pienso mucho en Lila. En cómo será para una hermana mayor que se haya muerto su hermana menor. No sabés las ojeras que tiene. La vi el otro día, en el cementerio. Como no estuve en el entierro, quise ir al cementerio. Llamé a Lila y le dije que iba a ir. Fui con mamá y papá. La abuela también fue, viste que te re quería.

Tu hermana estaba sentadita en un banco de madera cuando llegamos. Mirando el pasto o sus uñas, no sé. Tenía puesto tu pantalón negro, tu polera negra y tu campera de jean. Reconocí tu ropa enseguida. Yo también me puse ropa tuya, la que dejaste en casa cuando salimos para la fiesta, y las medias que te olvidaste el sábado pasado, esas con estrellas que compramos juntas en la calle. No sé por qué será que alivia ponerse tu ropa.

No sabía qué decirle a Lila. Nos dimos un beso y un abrazo que no se terminaba nunca.

Creo que ella me entiende mejor que nadie. Porque vos y yo éramos más hermanas que muchas hermanas que conozco. Y ella lo sabe.

12.

Preguntas en la oscuridad:

1. ¿Por qué tengo que contarle lo que siento a una persona que no conozco, por más psicóloga que sea?
2. ¿Para qué sirve hablar de tu muerte si no es con vos?
3. ¿Por qué tengo que tratar de "retomar mi vida"?
4. Suponete que trato, ¿cómo hago si me pasaba la vida con vos?
5. ¿No se dan cuenta de que no sé qué parte de mi vida era solamente mía?
6. ¿Qué hacen los psicólogos con todo lo que uno les dice?

7. ¿Para qué voy a volver al colegio?
8. ¿Nadie entiende que te sentabas al lado mío, que ese lugar vacío me va a volver loca?
9. ¿Por qué me piden que confíe en que el tiempo va a ir "haciendo lo suyo"?
10. ¿Vos podrías confiar en que el tiempo pase y que por eso mismo tu muerte ya no me duela?
11. ¿Por qué no me morí yo y listo? Vos hubieras tomado todo esto mucho mejor que yo.

13.

Tengo miedo de olvidarme de tu voz y a la vez sé que eso va a pasar. Ya me lo dijeron: es lo primero que se nos olvida. La voz, el olor.

En tu caso, el olor es fácil; porque, como estabas obsesionada con ese perfume a violetas que me ponía tan nerviosa, me compré un frasco, y cuando te extraño lo abro y aspiro una dosis concentrada. Pero tu voz...

Miré nuestras filmaciones un montón de veces. Incluso me fijé en la web y hubo gente que subió videos nuestros y de los chicos. Pero tu voz en vivo y en secreto era otra.

Y esa se me está olvidando.

Esa es la que me duele, porque esa era la que me gustaba escuchar. Les dabas una entonación especial a las confesiones y yo me sentía especial cuando te escuchaba.

Hoy me enojé con mamá y me saqué bastante furia de encima. Me enojé y me hizo bien.

¡A vos te tendría que agarrar a patadas! ¡A vos y al idiota de Nicolás y a su mano sobre la mía mientras mirábamos el amanecer y a su cara en el último momento!

14.

No estuvo mal la psicóloga.

Fui otra vez.

Me estoy dando cuenta de que, desde que chocamos, pienso en vos, hablo con vos, miro la tele sin mirar nada, arranco hojas de las macetas del balcón y duermo. Nada más. Ah, sí, también pienso en Nico...

¿Patético, no?

También me enteré de que me llamaron un montón de veces las chicas y no las quise atender. ¿Podés creer que no me acuerdo? Mamá me lo juró. Me juró por quien ella más quiere, o sea yo, que me llamaron algunas profesoras, Gaby, Celeste, Pablo... Casi

todos los días me llamaron y mamá me dijo que ni les contesté, que colgué el tubo sin hablar.

Dicen que parezco una sombra. ¡Ja! ¿A vos te parece que yo puedo parecer una sombra? ¿Yo, que tengo menos forma que una heladera? Bueno, parece que vos lograste que perdiera no sé cuántos kilos. Ahora que ser flaca me importa un pito. Yo te lo dije: el día que adelgace, ya no me va a importar. Y es así, ya no me importa.

Hoy me miré al espejo. Hacía siglos que no me veía. Fue en lo de la psicóloga. Bah, saliendo. No lo pude evitar porque en el palier del consultorio había un espejo y de pronto me vi. Hecha un desastre, me vi. Pero tan flaca que no me reconocí. Tengo cintura y ni me había dado cuenta. Será que en casa ando con camisón todo el día.

El peor momento del mundo para mirarse al espejo: a la salida de la psicóloga, a seis semanas de perder a tu mejor amiga. ¿Anotaste?

15.

"Camino sin verte y es como si no mirara otra cosa que la nada. Camino sin escucharte y no hay paz ni silencio que resista mi vacío. Camino y me detengo y me vuelvo. Quiero encontrarte."

¿Te gusta? Vos lo escribiste, ¿te acordás? En mi cuarto. Fue cuando estabas enamorada de ese chico que se fue a vivir a Uruguay. A mí me pareció muy de muerte en ese momento. Me acuerdo que te dije, ay, Zoe, no se murió, se fue a Uruguay nada más. Vos me dijiste que, para el caso, era lo mismo.

Te juro que ahora te entiendo. Porque yo siento lo mismo pero por vos. Me encantaría

volver al pasado y decirte de quedarnos un rato más en la fiesta. Llamar a mi papá y que él nos vaya a buscar, como nos había ofrecido...

Y también siento eso de que no escucharte rompe hasta el vacío.

Por suerte esa tarde agarré la hoja cuando la vi en mi tacho de basura. ¿Por qué la tiraste? Nunca te lo pregunté. Ahora la releo y me da paz.

Ay, Zoe, y perdoname pero ¡qué letra tan fea tenías! Yo siempre te lo decía y ahora, aunque estés muerta, te lo repito: tu letra fue, es y será fea. Y jamás voy a dejar de leerla.

16.

Si pudieras reencarnar en algo o en alguien, ¿qué elegirías?

Yo, en este momento, en una planta. Una que diera flores, así no me aburro y todo el año tengo algo que hacer: fabricar las flores de la nada debe llevar su tiempo. Meses, me imagino. Y después viene lo del fruto...

Y nadie me andaría diciendo que tengo que salir, que vamos a caminar, a tomar café, a despejarnos un poco, tanto tiempo encerrada.

Si fuera una planta, me darían agua de vez en cuando, me pondrían en un lugar con sol, tibiecito, y me dejarían pensar en mis flores y en mis frutos en paz.

Paula Bombara

¿Sabés qué hice? Me fui al vivero de la otra cuadra
y me compré un malvón.

Se lo ve muy tranquilo en mi escritorio.

Tiene flores rojas.

Relindas.

17.

Hablé con Pilu.

Cuando lo escuché me pareció que su voz
venía de otro planeta. No quiso ver a nadie
después del accidente. Igual que yo.

Y de pronto, suena el teléfono en casa,
siento el impulso de atender y resulta que
justo es él.

Me puse a llorar en cuanto le dije hola.

Él también.

Llorar por teléfono es patético. Me dijo que
iba a venir a verme pronto. Que me quería
mucho.

Y cortó.

Paula Bombara

¡De una, cortó! Yo hubiera salido corriendo para su casa. Pero parece que tengo dos cascos de plomo en lugar de pies.

Me acosté.

Sigo acostada.

18.

Hay que ir pensando en volver al colegio.

Así me dijo hoy mi mamá: hay que ir pensando en volver a clases, mi amor.

Me hizo acordar de nuevo al libro ese... El chico no quería ni pensar en volver a clases, ¿te acordás?

Llamé a Pilu. Me hizo bien. Esta vez no lloramos.

No hablamos mucho, pero me hizo bien. Fue una conversación típica. Cómo estás, bien y vos, bien. Estás yendo al colegio, no y vos, tampoco. Y qué hacés, nada, miro tele, duermo, voy al médico, como, duermo. Y vos, yo

Paula Bombara

más o menos lo mismo. No puedo creer lo que pasó, yo tampoco. Bueno, te llamo otro día. Dale, sí, estaría bien. Chau, un beso. Chau.

Lo típico parece tan necesario a veces...

19.

Cuando me siento frente a la psicóloga y ella me mira, me siento rara. Me siento con las dos piernas juntitas, como si me estuviera tomando una prueba de algo. Debe ser porque tiene rayos x en los ojos, es una mutante, ya me di cuenta. No me da para mentirle ni para quedarme callada, así que voy y vomito palabras sin parar.

¿Te acordás de cuándo vos fuiste a una? A vos no te gustó mucho, a tu vieja sí. Pero vos preferiste no hablar, dejarla a tu mamá. Después, cuando tu mamá se fue te pusiste a llorar. Me lo dijiste así: me largué a llorar y le dije que mi mamá era una tarada. Yo no te

creí. Sos incapaz de decir eso de tu mamá. Vos te reíste y después te pusiste seria.

"Cómo me conocés, vos", me dijiste. Y te abracé y te largaste a llorar otra vez y me dijiste que te sentías sola, que nadie te entendía del todo, que querían cambiarte... Yo te dije shhhhh.

A la semana siguiente te acompañé yo.

La psicóloga me dijo que el duelo no es vestirse de negro y sentarse a llorar. El duelo hay que vivirlo, me dijo.

No morirlo.

20.

Hoy me decidí a hacer algo. Hasta ahora, lo único que hice fue comprar el malvón.

Lavé todos los peluches. Bah, los metí en el lavarropas, me quedé mirándolos girar y después los colgué.

Los voy a regalar. Me voy a quedar con uno o dos.

Mi mamá quería que los regalara desde hace un par de años, ¿te acordás la discusión que tuve con ella por eso? Ahora me siento vieja para peluches.

Y descolgué los pósters. Todos.

Y cambié de lugar la cama.

Paula Bombara

Y salí a imprimir unas fotos. Las últimas que nos sacamos todos juntos, justo antes de ir para la fiesta. Hay una, la de nuestras caras, que está muy buena. La imprimí grande. Compré un portarretratos con pie y lo puse en mi mesita de luz. La del grupo entero también la imprimí y la colgué en la pared. Quedó lindo.

Mañana voy a ver a Pilu.
Después te cuento.

21.

Después de la fiesta, cuando ya estaba oscuro, nos fuimos a dar un paseo por el jardín. Estaba muy tranquilo, solo el sonido de las hojas de los árboles moviéndose por el viento. Pilu me tomó de la mano y me llevó a un banco que estaba cerca del monumento. Allí se sentaron y me contó que había estado pensando mucho en mí últimamente. Me dijo que me extrañaba y que quería volver a estar conmigo. Yo le respondí que también lo extrañaba y que quería verlo. Él me dijo que me lo haría saber pronto.

Fue vernos, abrazarnos y largarnos a llorar.

Después de que se nos acabaron las ganas de llorar, pudimos separarnos del abrazo y sentarnos.

Pilu me dijo de encontrarnos en la placita, en el banco que está más cerca del monumento. Así estábamos lejos de todos y hablábamos tranquilos. Fue raro verlo sin gorro, con el pelo rapado y el brazo todavía enyesado...

Él también envejeció y adelgazó. Parece que se va a quebrar de tan flaquito que está.

No paraba de pedirme perdón. Se siente culpable porque él tuvo la idea de ir y volver con Mariano. Se siente culpable porque Pablo

dijo que era peligroso ir tantos en el auto y él le contestó que era un exagerado. Yo le dije que él no decidió por nosotros. Que ya estábamos todos subidos al auto cuando él entró. Que todos escuchamos la discusión y que ya conocíamos a Mariano y que las demás veces que salimos con él había estado todo bien.

Pero para Pilu todo es su culpa.

Dice que no puede pensarlo de otra manera.

En la familia están tristes porque Mariano murió, pero felices porque él se salvó.

Fue a hablar con los padres de Nicolás. Y con los otros amigos que Nico tenía. Dice que necesitaba pedirles perdón a ellos también.

Dice que tendría que haber viajado él adelante...

También dice que él se tendría que haber muerto...

Yo lo entiendo. Le dije que a mí me pasa lo mismo.

Y también le dije que ya que estábamos vivos teníamos que hacer que esto valiera la pena.

No sé de dónde me salió eso, pero a él le cambió la mirada por un segundo y dijo sí, es verdad.

Después me invitó a tomar algo al bar de enfrente y la charla fue un poco menos triste. Nos contamos todo lo que vivimos en el hospital, nos reímos de algunas enfermeras y en la mitad de una sonrisa me agarró de la mano sobre la mesa.

Como que nos dio fuerza estar de la mano. No dije nada y él tampoco. Seguimos charlando como si nada. Hablamos de nuestra recuperación y de volver al colegio. De Salomé y de Ana, que siguen internadas. De los

líos con el seguro del auto de Mariano: al parecer se olvidó de pagarlo el mes pasado y no dijo nada en su casa. De Pablo, que resultó el más inteligente de todos. Me dijo que el tarado también se siente culpable. ¡Ni siquiera estaba en el auto y se siente culpable! Dice que si él hubiera estado en el auto, Anita no se hubiera subido. Yo pienso que se hubiera subido igual, a upa de él, pero esa es una opinión mía. Se lo dije a Pilu. Está tan triste el pobre...

Te juro, Zoe, que veo a Pilu y no puedo creer que lo conozco desde los tres años. Es como mágico verlo cambiar tanto y tan poco al mismo tiempo. Lo adoro. Es como el hermano que siempre quise tener. Te lo dije mil veces y te lo repito ahora: Leopoldo es un tipo especial.

¡Ah! ¿Y sabés qué me dijo? Que está saliendo con una chica. Carla se llama... me puso recontenta. Me la va a presentar.

Vino Gaby a casa.

Fue un bajón. Se notaba más que nunca que faltabas.

No puedo verla. Con razón no pude hablar con ella.

Y ella zafó porque estaba enferma. ¡Todo lo que puteó por perderse la fiesta!

Más tarde llegó Celeste con facturas y leche chocolatada.

Ellas son las divinas de siempre... nuestras otras amigas...

Soy yo la que se partió adentro y no volverá a ser la misma nunca más.

Cuando se fueron las extrañé, pero ¿cómo explicarte? ¡No puedo pasarla bien con otras amigas ahora que vos no estás! Cuando estoy con ellas me duele más que no estés. ¡Vos sos mi mejor amiga! ¡Con vos quiero hablar! ¡Con vos!

23.

Volví al colegio.

Pilu me convenció. Yo quería quedarme unos días más en casa pero él me dijo que había pensado en lo que yo le dije y que no ganábamos nada encerrados.

Verlo esperándome en la puerta del colegio me mató. Está flaco, más alto. Ya no se esconde debajo de sus gorros. Cuando me vio le cambió la cara y a mí también porque con solo verlo ahí, esperándome, me nació una sonrisa. Cuando nos saludamos me dio la mano y me dijo que no nos soltáramos, que juntos era más fácil.

Mamá me avisó que habían puesto una placa con tu nombre y el de los chicos en el *hall* de entrada del colegio, pero verla fue refuerte. Por suerte Pilu me tenía bien agarrada, porque me temblaron las piernas. A él también.

No sabés lo que fue soportar las caras de lástima de todos los profesores. Los chicos de otras divisiones también nos miraban con lástima. Una piba se largó a llorar. Casi le pego una trompada.

Voy a decirte algo que no me atrevo a decirle a nadie: ¿sabés qué pensé hoy, cuando vi a todas las chicas? Pensé en que tendría que haberse muerto una de ellas, no vos. Si esto hubiera pasado dos meses atrás, la que se hubiera muerto por ir a upa de Nico hubiera sido Julieta... A esa sí le entiendo la cara de pena. A los demás, me dan ganas de acogotarlos.

¿Podés creer lo maldita que me estoy volviendo?

24.

No está tan mal ir al colegio.

Me distraigo un poco. Qué sé yo.

Me cambiaron de lugar. Ahora me siento en la tercera fila, en el medio, bien en el medio. De un lado está Gaby. Del otro, Pilu. Adelante lo tengo a Pablo, que cada cinco minutos se da vuelta y me sonríe, el estúpido, y atrás, a Celeste.

Pablo nos hace reír; hace caras, chistes todo el tiempo. Está re distinto. Antes era todo hosco y ácido, siempre enojado. Ahora me mira y saca del bolsillo cosas ridículas, como un caballo hecho con esos alambrecitos

que vienen en las botellas de sidra, o un pin con forma de corazón.

Cada tanto miro nuestros viejos lugares y te extraño. Se nota que faltan vos y Nico. Se nota mucho. Aunque hayan sacado los bancos que sobran.

En uno de los recreos llamé a tu casa a ver si estaba tu hermana. Tu mamá me dijo que no. La voy a llamar para juntarnos.

Vos te ponías un poco celosa cuando Lila y yo nos sentábamos a charlar...

¡Por fin vamos a charlar tranquilas! Jaja... Era un chiste, no te enojés.

25.

Estoy en tu pieza, Zoe. Me hormiguea todo el cuerpo.

Lila está conmigo. Tu mamá no tocó nada. No puede. Tu papá ni se acerca a la puerta. Tu hermanito, sí. Me dijo Lila que se acuesta en tu cama y charla con vos.

Yo quise entrar. Pedí permiso y acá estoy.

Abro tu placard. Lo primero que me acuerdo es que escondías chocolates en el fondo, en una caja de bombones de Bariloche. Solo yo lo sé, ahora que vos no estás. Ni a tu hermana se lo habías contado.

Busco la caja. Estaba adentro de una caja de botas, cubierta de pañuelos.

¡Qué manía! Decías que así te daba más trabajo comerlos. Que si pensabas en que tenías que abrir el placard, la caja de botas, la caja de bombones y el papel del chocolate, te daba fiaca y listo. No te lo comías. En cambio que si lo tenías en el cajón de la mesa de luz, no te duraba ni cinco minutos.

Busco la caja de botas, la abro. Ahí está la caja de bombones. Es más grande de lo que recordaba. La abro y ¡qué hija de...! ¡Tenías una provisión para todo un año! ¡¿De dónde sacaste tantos chocolates?!

¿Tendrás más comida escondida?

Una vez me dijiste que te guardabas siempre algo saladito por si te daban ganas a la noche. Busco y rebusco. Lila me pregunta qué hago.

Le cuento de tus manías y se ríe. Se pone a buscar conmigo.

No podemos dejar comida entre tus cosas. ¡Se va a pudrir!

Lila salió a buscar a tu mamá. Le contó.

Tu mamá viene al cuarto. Entra. Me mira trepada a una silla, revisando la parte de arriba del placard.

Me pide de mala manera que me vaya. Que gracias por avisarles, que ellas seguirán buscando.

Cuando estoy saliendo me mira a los ojos y me da un abrazo. "Vos no tenés la culpa", me dice, "pero yo no puedo verte acá, todavía. Me recordás demasiado a mi hija. Perdoname".

Lila me corre por el pasillo, trae en la mano una bolsa de ropa mía, que estaba en tu casa. Me dice que perdone a tu vieja, que está todo mal en tu casa.

26.

¿Hice mal en abrir tu placard?

Yo tenía ganas y sé que también tenía tu permiso.

Pero la voz seria y la cara triste de tu mamá me hicieron ver que tus cosas ya no son tuyas o nuestras, como vos decías. Son de ella. Y de Lila. Y de tu papá. Y de tu hermanito.

Hoy me siento fatal. Me siento culpable por haber revisado tus cosas. Aunque Lila me dijo que podía... es como si tu mamá me hubiera dicho otra cosa.

No fui al colegio.

Después me llamaron Gaby y Pilu para saber qué había pasado. Todos me dijeron que no hice nada malo. Pero me siento muy mal.

Hablé con mamá. Ella me dijo que tengo que entender a tu mamá y listo. Que hice bien en decirles lo de la comida. Pero que, por un tiempo, si veo a Lila, que no sea en tu casa.

27.

Algo que me enoja y que está pasando es que de pronto sos una ídola total.

Todos hablan maravillas de Zoe, la hermosa, la segura, la desfachatada, la divertida, la inteligente, la, la, la.

Y yo los escucho y me acuerdo de tu talento total para copiarte sin que nadie se diera cuenta, las escenas de furia terribles por huevadas, tu carácter de perra cuando estabas mal dormida.

Parece que se olvidaron de que, en realidad, lo mejor de vos es que eras vos, no una ídola total.

Hoy se cumplieron tres meses del accidente. Fui al cementerio y llevé mi malvón. Tenía intención de plantarlo pero no me dejaron. Me volví con el malvón a casa. Medio que el malvón se convirtió en un símbolo de tu presencia en mi habitación.

Tiene una flor roja tan grande y desde hace tanto que parece de plástico. Ya como que quiero que empiece a marchitarse y que nazca otra en otra parte.

Me pone un poco nerviosa.

No me crucé con nadie en el cementerio. Mejor.

No tenía ganas de ver a nadie. Me imaginaba la conversación: ya tres meses, qué barbaridad cómo pasa el tiempo, ¿no? Sí, no se puede creer. ¿Y vos cómo estás? Mejor, ¿y vos? Depende de los días, qué sé yo. Bueno chau, saludos a tu familia. Gracias, igualmente.

Mejor estar sola.

Tocando las hojas de mi malvón.

Mirando el ondular de un arbusto verde oscuro.

Escuchando pasos de desconocidos.

Oliendo a pasto recién cortado y respirando hondo.

Degustando mi propio y amargo silencio.

Siguen funcionando mis sentidos. Estoy viva, Zoe.
Me cuesta soportarlo.

29.

Conocí a Carla, la novia de Pilu. Así me la presentó: "Feli, ella es Carla, mi novia".

Era amiga de Nico. Me contó que los amigos del otro colegio están muy mal con lo de Nico... Que los papás de Nico los otros días le regalaron la bici a un amigo que era del grupo de bikers, más chico que nosotros; es el que está peor.

Casi no lo conocimos a Nico. Carla habla tan cariñosamente de él... Me contó que fue su primer novio. Y que terminaron re bien, que Nico era una persona especial. Yo le dije que Pilu también es especial. El tonto se puso

colorado. "Será por eso que eran tan amigos", me contestó ella, acariciando la espalda de Pilu.

Tiene la sonrisa más dulce que puedas imaginar. Y se nota que se quieren...

Me dio su *mail* y ya nos escribimos bastante. Tenemos muchas cosas en común. Le gusta la misma música que a mí. Y también le gusta sacar fotos, como a mí...

Pilu me dijo que Carla se portó muy bien con él. La conoció unos días antes del accidente; pero al parecer fue un flechazo, porque fue la primera persona con la que habló después del accidente y es con quien más habla del tema y, de hecho, ella lo convenció de hablar conmigo!

Me pone contenta que Pilu haya encontrado a Carla.

Seguro que a vos también...

30.

Se me acercó Gabriela y me contó que ella perdió a una prima cuando tenía trece años.

Era una prima que quería muchísimo. Se habían criado juntas.

¡Y no nos enteramos, Zoe! ¡Qué mal me sentí!

Ella me dijo que no nos enteramos porque ella no quiso que nadie se enterara. Los padres hablaron con la directora y decidieron que, si preguntábamos, todos dirían que se habían ido de viaje. ¿Ahora te acordás? Ese viaje del que ella nunca nos quiso contar nada... ¡La cantidad de cosas que imaginamos de ese viaje! ¿Te acordás?

Bueno. Fue re distinto a tu muerte porque su prima murió de una enfermedad. De a poco vio cómo se fue apagando, pero pudieron despedirse. Eso estuvo bien.

Yo hubiera querido despedirme. No quedarme con esa imagen de tu cara luminosa y tu mirada de asesina. Una cara con un gesto más real, más de la Zoe que yo conocía y que querías ocultar cuando estabas en las fiestas o en el colegio...

Pero bueno, tampoco hubiera estado bueno verte sufrir tanto como Gaby vio en su prima. ¡Y a los trece años!

Me dijo que me entendía de verdad y que ella también te quería. Que después de lo de su prima le costaba mucho encariñarse en serio con la gente, que sabía que la muerte estaba en todas partes, como la vida. Me dejó pensando.

Eso explica muchas de las actitudes que siempre le reprochábamos, Zoe, ahora me cierran muchas cosas de Gaby.

Cuestión que le costó un huevo acercarse y contarme esto y decirme que me re entiende. Y yo se lo agradecí todo lo que pude, porque me sacó el fantasma de que nadie puede entenderme...

31.

Ayer no te tuve en la cabeza todo el día.

La verdad, Zoe, ya era hora. Me estás dejando el cerebro más parecido a un pocho-clo que a otra cosa.

¿Querés que te cuente qué hice? Salí con Pablo a dar una vuelta.

Todavía no sé si me gusta. Es raro. Más después de eso tan raro que pasó con Nicolás, justo antes del accidente. Nunca me imaginé esto. ¡Menos con alguien como Pablo, que conozco hace tanto y al que jamás le presté atención!

Él no tenía onda levante. Más bien amigo, como siempre. Quería que me divirtiera un

rato. Así que me dijo de ir a la placita a hacer un *picnic*.

Me dijo que él se iba a ocupar de todo. Que yo fuera a la plaza y nada más.

¡No sabés! Llego y veo un mantel rojo a cuadros, una canasta de mimbre, los sándwiches perfectos, de pan lactal, madalenas y una fila de hormigas de plástico que simulaban robarse una manzana!

Viste que él es medio aparato... Pero estuvo re bueno.

Hablamos de la discusión que tuvo con Pilu antes del choque. Se siente mal por eso, pero ya lo aclaró con él. Me dijo que tenía que ser muy sincero conmigo, hizo una pausa y después, como con miedo, dijo que a él lo aliviaba que hubieran muerto vos y Nico en lugar de Pilu y yo. A mí se me puso la panza de piedra. Se ve que mi cara cambió. Él agregó que no era que se pusiera contento ni nada, solo que sentía que tenía que ser sincero conmigo y con Pilu.

Después me dijo que no entendía bien por qué vos y yo éramos tan amigas. Tan distintas y tan amigas, dijo. Yo le conté secretos nuestros, que nunca había compartido con nadie más que con vos. Como esa vez que te llamé a las cuatro de la mañana porque estaba mal con ese que no quiero ni nombrar, ¿te acordás? Te costó una buena pelea con tu papá mi llamada... O cuando te hiciste cargo la vez que me retaron por la cuenta de teléfono, cuando mi papá se quedó sin trabajo y no teníamos un mango. Y pagaste la cuenta entera con la plata que estabas juntando para comprarte el vestido negro. O esa otra vez que, para sacarme la bronca por

el aplazo en Biología, te apareciste en casa con todos tus almohadones, lista para una guerra que nos dejó a las dos muertas de risa.

Se quedó mudo por un rato. Yo también me quedé muda. Yo, que en estos meses pensé cada día que la que tendría que haber muerto era yo, no esperaba que alguien me prefiriera. Me pasó lo mismo que sentí cuando Nico me dijo que le gustaba. Como que no me lo merezco.

Después me dijo que él pensaba que eras una cabeza hueca. Usó esas palabras, te juro: "cabeza hueca". Medio que me gusta que sea tan aparato. Sí, le respondí, eso era lo que querías que todos creyeran. Era una especie de ambición para vos lograr ser una chica como todas, o peor aún, la mejor de todas las chicas comunes, la más común de las comunes.

Pero también le dije que, para mí, no te salía bien... por más que te esforzaras, siempre pisabas el palito y se te terminaba escapando tu verdadero yo. Por suerte.

Pablo lamenta no haberte conocido mejor. Dice que si yo te quiero tanto, seguro que eras una persona genial.

¡Tenía unas ganas de llamarte cuando volví a casa!

Pero... el teléfono me pareció muerto. Mucho más muerto que vos.

¡Lo vi a Pilu en su bici!

Ay, Zoe, ¡me puso tan contenta! Iba con mamá. Pasamos por el costado de la placita y ahí estaba, con un chico que no conozco, haciendo giros y esas cosas que hacen ellos.

Quise llamarlo, pero no me salió. Por el nudo de la garganta, viste. Además estaba como emocionada... Él otra vez arriba de su bici.

Qué alegría.

Llegó mi cumpleaños.

Diecisiete.

No los cumplo feliz y pedí que nadie me cantara esa estúpida canción.

Pero Pablo me preguntó por qué. ¿Por qué rechazar el deseo de los que me quieren ver feliz?

Y luego esa pregunta: "¿O te pensás que Zoe no quiere que seas feliz?".

Su lógica me mató.

Yo sé que sí. Sé que vos querés que yo sea la persona más feliz del mundo.

Así que cambié de parecer y dejé que mamá, Pablo, Pilu y Gabriela me organizaran

una fiesta en casa. Solo pedí que fuéramos los de siempre. Ni tíos, ni primos, ni abuelos. Mamá, papá y los chicos.

La pasé bien... me cuesta decirlo...

Pilu y Carla me regalaron un cuaderno y un cd. Las chicas, ropa de mi nuevo talle: un pantalón y una camisita que te encantarían. Mamá y papá me sorprendieron con un viaje de una semana a las Cataratas para dos personas. Pablo se ofreció a acompañarme pero papá lo miró con una cara que lo dijo todo. Creo que voy a invitar a Gabriela. Y Pablo, un libro y una carta que no te voy a contar que dice porque me hizo jurar que lo que escribió quedara entre él y yo, pero que me hizo reír y emocionar.

Me parece que me estoy enamorando... ¡Y de Pablo! ¿Quién lo hubiera dicho?

También vino Lila, se quedó un ratito. Me trajo tu caja de bombones de Bariloche llena de cachivaches y tu diario. No te preocupes. No lo voy a leer. Solo lo custodio para que nadie lo haga. Eras tan bruta escribiendo que, seguro, pusiste barbaridades de toda tu familia. Lila sabe que conmigo estará protegido.

Lo que hay adentro de la caja de bombones reconstruye nuestra amistad. Acabo de revisarla, ahora que ya se fueron todos. No quise hacerlo antes porque no quería llorar.

Tampoco lloré ahora. Se me cayeron las lágrimas, sí, obvio. Pero también sonreí mucho mirando las cositas que estaban guardadas. Y el nudo que vive en mi garganta me pareció un poco más flojo...

Y lo que estoy pensando es que los accidentes existen, así como existen los nacimientos y las muertes. Que nos haya tocado a nosotras... ¿y por qué pensar que no podía tocarnos vivir un accidente?

Cuando vino Gaby me dijo algo que me quedó resonando y que ahora, entiendo un poco mejor. Me dijo que a todos se nos mueren seres queridos, porque la vida se trata de eso: de vivir y de morir.

Acaricio tu pulserita de hilos de colores. Te la hice yo, ¿te acordás? No te hice demasiados regalos, debería haberte regalado más cosas, deberíamos haber pasado más tiempo juntas, sí, todavía más tiempo juntas... pero ¡cómo imaginar esto! ¿Deberíamos haberlo imaginado?

Zoe: no saber me desespera tanto a veces.

Otra vez la imagen clara de tu rostro en el auto, tu mirada.

Hubieras estado hoy en mi cumple. Hubieras estado conmigo desde la mañana, como siempre. Hubiéramos hecho una torta, tal vez. O hubiéramos salido a hacer las compras al súper con mamá.

Pero en lugar de estar ahora con vos, comentando el cumple, acaricio tu pulserita de hilos de colores y te pienso. Y te extraño.

Bueno, como me siento más preparada, te voy a hacer un relato bien detallado de lo que fue el choque y el entierro.

Sé que estas cosas te encantan, porque para morbosas, vos primera.

Pero antes te cuento que hoy me sentí bien.

Fue como si alguien hubiera pasado y me hubiera puesto una bufanda de alegría. Me sentí como... liviana...

Después me sentí peor, pero, bueno, al parecer yo soy así, ¿no?

Te decía: por un ratito me sentí como antes del accidente. O como si el accidente

hubiera pasado pero como si estuvieras... O como si no estuvieras acá pero sí en otro lado... Ves, esos son los pensamientos que me confunden...

Ya me enrosqué otra vez con lo mismo: ¿te moriste o no te moriste? Yo no lo puedo creer y sí lo puedo creer al mismo tiempo. Te moriste y estás viva.

La psicóloga dice que la memoria de nuestra vida juntas te va a mantener viva en mí... Vos moriste pero nuestra amistad no. Nuestra amistad vivirá hasta que yo me muera.

¿Entendés?

Mejor te cuento lo que pasó. A vos, que ibas mirando hacia adelante, acurrucada en Nico, tan callada que me preocupaste. Y a Nico, si es que está con vos, que iba con cara de zombi, también sentado de costado, apoyado contra la puerta. Sin cinturón de seguridad, obvio. Ni Mariano lo tenía puesto. Aunque me dijo Pilu que hubiera muerto igual. Se transformó en un experto en choques, Pilu. Se leyó todas las páginas web que encontró. Habla de porcentajes de fallecimientos, de tipos de choques, de lesiones... Nuestro accidente calza en las estadísticas como si fuéramos los zapatitos de cristal de una muerte Cenicienta.

La fiesta estuvo buenísima. La mejor fiesta de 15 a la que fui en mi vida.

Y la última, me parece...

En fin. Ya era casi de día. Ese cielo azul que se va poniendo celeste de a poquito, las luces de la calle toda-

vía encendidas pero casi inútiles. Re lindo. Nicolás y yo estábamos afuera, su mano sobre la mía en uno de los silloncitos de la entrada, cuando saliste junto con Pablo, Pilu, Mariano y Salomé. Apenas nos vieron, Nicolás se paró y se acercó a los chicos. Vos te quedaste paralizada. Así estábamos cuando Pablo y Mariano empezaron a discutir. Yo pensé que discutían porque todos los chicos habían tomado cerveza. Pero Pablo me dijo que no era por eso porque él había estado vigilando a Mariano y la única cerveza que había tomado había sido apenas llegó, hacía más de seis horas. Al parecer Salomé tuvo algo que ver en eso. Discutían porque éramos siete en el auto. Mariano lo re insultaba y Pablo no se quedaba atrás. No se agarraron a piñas otra vez porque Pilu y Nico se pusieron en el medio. Nico se llevó a Mariano para el auto y se subieron. Pilu se llevó a Pablo para el otro lado y se quedaron hablando más tranquilos. Al final, Pablo nos saludó a todos con la mano y dijo que se iba a volver en colectivo. Igual al parecer no tuvo mucho que ver que fuéramos tantos en el auto... Pero es cierto que si hubiéramos ido cinco en lugar de siete, aunque no nos hubiéramos puesto los cinturones, dos personas no hubieran resultado heridas o muertas... No sé... No me voy a poner en maestrita ciruela porque este año fuimos y volvimos muchas veces con Mariano. ¿Te acordás el día que sacó el registro, que estábamos en lo de Pilu y él vino? ¿Cuántos éramos en el auto y no pasó nada?

Mi abuela diría "no pasa, no pasa, hasta que pasa", pero por suerte mi abuela no está.

La cuestión es que Mariano y Nico ya estaban en los asientos de adelante y Salomé y yo en los de atrás cuando vos dijiste que ibas a ir con Nico adelante. Yo empecé a protestar porque atrás había lugar y vos mirándome con cara de asesina... No me olvido más de esa cara. Te estaba odiando con todas mis fuerzas y, de pronto, siento a Pilu que me empuja y me deja en el medio del auto mientras dice dale, vamos. Y casi al mismo tiempo se sumó Anita, la amiga pelirroja de Salomé, que no tenía espacio en el auto de sus amigos. Pobre, eso sí que es tener mala suerte. Ella quedó al lado de Salomé, justo detrás de Nicolás, pegada a la puerta.

No íbamos tan apretados, la verdad...

Y bueno, no fue mucho lo que anduvimos. No llegamos a subir a la autopista. Ni siquiera íbamos muy rápido. Yo, como no sé nada de autos, no puedo explicarte demasiado. Mariano quiso pasar un auto, venía un camión, el camino no estaba muy bien... Pilu me dijo que fue una cuestión de reflejos. Y los de Mariano alcanzaron para dar un manotazo al volante y que al menos algunos de nosotros nos salváramos.

Vos, Nico y Mariano murieron en el acto. Los médicos dijeron que ni se dieron cuenta.

Yo tenía moretones por todo el cuerpo y cortes profundos en los brazos. Feos y dolorosos, pero nada más que eso. Al parecer, con los brazos me tapé la cara, y me desmayé por el impacto.

Lo primero que hice cuando me despertaron en la camilla fue preguntar por vos. Aunque trataron de que no lo hiciera, giré mi cabeza y vi que uno de los cuerpos

tapados era el tuyo. Asomaban las puntas de tus pelos. Eras la única morocha de rulos que había en el auto. Ahí me agarró un ataque de nervios y me durmieron.

Me desperté en el hospital, con mi mamá de un lado y mi papá de otro.

Estuve en el hospital, bastantes días porque querían controlar que no tuviera lesiones internas y curarme los brazos. Lo único que me quedó es este dolor en el codo, que me sigue.

¿Querés que te cuente cómo me hacían las curaciones? Era un asco de esos que a vos te gustan. ¿Te cuento?

¡Te escuché!

¡Me vino a la mente tu cara haciendo *fuchi fuchi*! ¡Zoe! ¡Y tu voz! ¡Tu voz clarita diciendo salí de acá asquerosa!...

¡Qué alegría!...

Guau, fue un flash. Pensé que me había olvidado para siempre de tu voz. ¡Pero te escuché! Hacía varias semanas que no me pasaba...

Bueno, sigo. No te voy a contar lo de las curaciones. Me acuerdo del olor a Pervinox y se me revuelve un poco el estómago. Te cuento del resto de la gente:

Pilu, además de cortes y un brazo quebrado en dos lugares, se golpeó feo la cabeza. Me contó que se desmayó varias veces en la clínica. Le hicieron toda clase de estudios. No saben qué le pasó. Todo le daba normal. Tal vez el *shock*...

Ana es la que peor está, pero la viene luchando. Como Mariano pegó el volantazo, parte de la puerta donde ella estaba apoyada dio contra el camión. Se quebró no sé cuántos huesos y tuvo problemas en los pulmones. La viene luchando bien, pero parece que ahora se complicó un poco la cosa por una infección.

Salomé tiene no sé qué problemas en los riñones pero, sobre todo, ataques de pánico, y no quiere salir del hospital. Tampoco acepta que Mariano está muerto. Pilu fue a verla y dice que quedó destruido. Lo único seguro es que le llevará tiempo superar todo esto.

Al camionero no le pasó nada.

Cuando hicieron la ceremonia de tu entierro y el de los chicos, yo ni me enteré. Decidieron no decírmelo. Pablo me contó cómo fue todo. Hablaron la directora del colegio, la profe de Química y el de Inglés. Me dijo que fueron pocas palabras pero muy emotivas. Seguro que todos lloraban a mares. Después dijeron unas palabras tu hermana, la hermana de Nicolás y la hermana mayor de Mariano. Había muchísima gente. Pablo no se acuerda demasiado de las caras, él también estaba llorando. Las chicas me hicieron un relato más completo pero también me confesaron que, como lloraban todo el tiempo, no se acuerdan muy bien de cómo fue la cosa. Al final, tres chicos que nadie conocía y que resultaron ser amigos de Nicolás leyeron un poema que escribieron entre todos, y la familia de Pilu y Mariano le regaló al colegio una placa recordatoria con tu nombre, el de Nico y el de Mariano; esa que

está en el *hall*. Ahora, cada vez que paso por ahí la miro y veo tu zeta de Zoe. No la leo. Solo miro tu zeta dorada y sé que muchos los nombrarán.

Zoe. Nicolás. Mariano.

No fue tan difícil, amiga, recordar todo esto. No fui tan confusa después de todo. ¿O sí?

Ahora ya es tarde. Hora de dormir. Mañana hay colegio. Están comenzando a hablar seriamente del viaje de egresados, pero yo no voy a ir. Me da mucho miedo. Creo que Pablo y Pilu tampoco irán. No importa. Todavía no puedo concentrarme como para estudiar, pero de a poco voy logrando retener más cosas. Al menos ya no pienso en que debería ser yo la muerta. Al menos recuerdo los ojos y la mano de Nico con una sonrisa.

Gaby y Celeste me ayudan. Pilu, Carla, Pablo, también. Mamá y papá, la psicóloga.

Paula Bombara

Un montón de gente que me quiere. Vos. Tu recuerdo.

También ahora me ayudás, Zoe, qué loco es eso.

Qué loco que estés tan adentro de mí, que sean las palabras que me dijiste en estos trece años de amistad las que me ayudan a seguir.

Que las palabras sean tan atemporales.

Que tus palabras sigan tan vivas en mi memoria.

Todos me dicen que no me apure.

Que hay tiempo.

Yo lo sé.

Lo sé.

AGRADECIMIENTOS

Si ciertas personas no hubieran estado en el momento indicado, en el lugar preciso, Solo tres segundos hubiera quedado dentro de mí, junto a tantas otras historias difíciles de transmitir que, a veces, me desvelan. Por eso: gracias a Antonio Santa Ana, a Natalia Méndez y a Cecilia Espósito por robustecer las alas de esta novela con sus aportes y sus sugerencias; por la calidez, por la confianza; gracias a Lolo, por entender mejor que yo misma que no soy feliz si no escribo y animarme ante cada desafío, por la complicidad y por la vida compartida; gracias a Catalina Gutiérrez, a Natalia Fernández, a Laura Escudero y a Rosario Oliva, por empujarme a cumplir mis sueños, por la música, la poesía, la danza y la ternura, por las risas, por ser tan maravillosas, amigas mías, por eso.